

EDICIONES BIBLIOTECA FILMI
SERIE ALFA

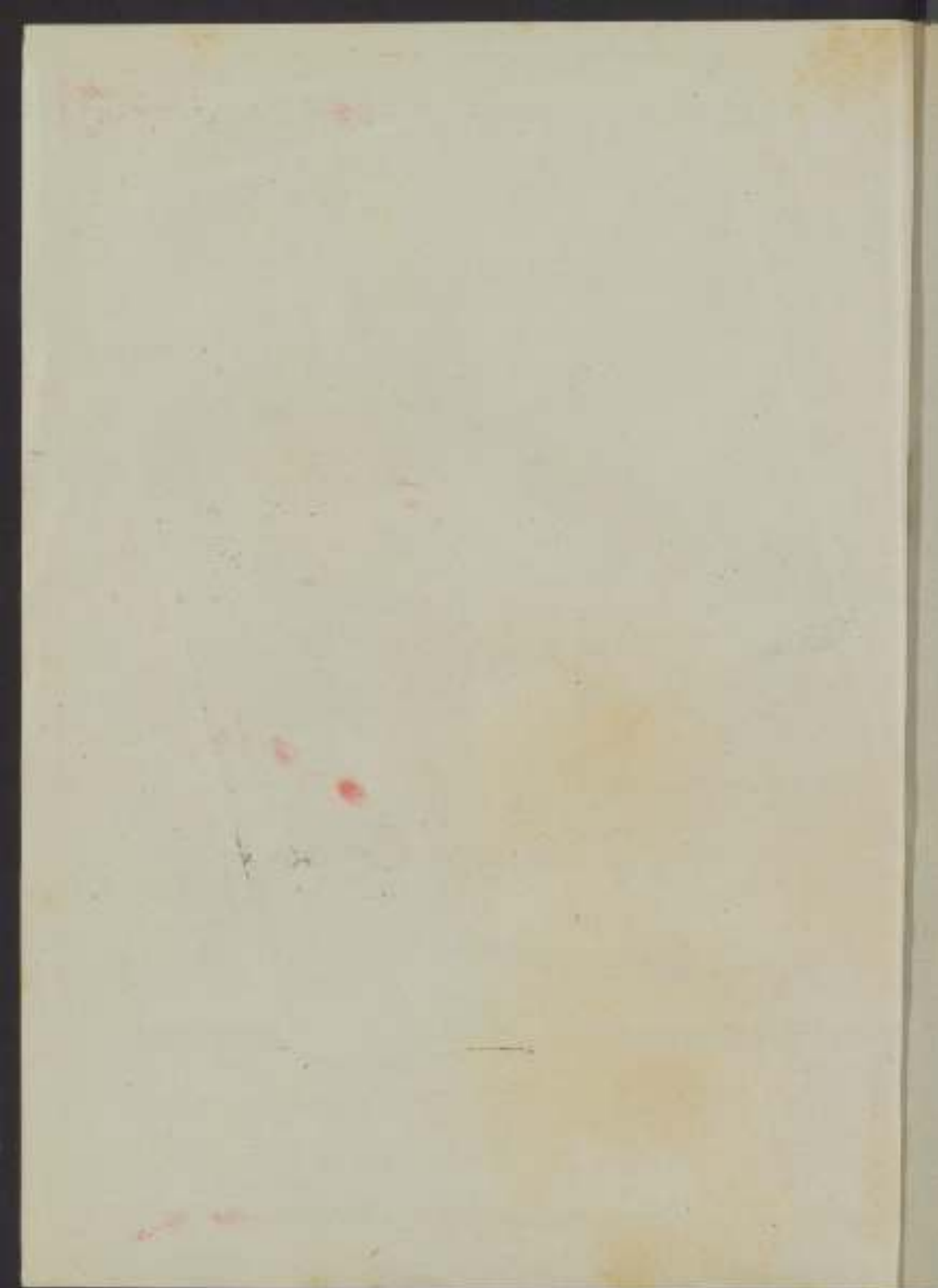
Editorial **Alas**



Ronald
COLMAN

Anna LEE

Otra vez más







Reservados los derechos de
edición y reproducción

IMPRESA COMERCIAL - MAS Y SALA
Valencia, 234 - Teléfono 70637
BARCELONA

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

DIRECTOR PROPRIETARIO: RAMÓN SALA VERDAGUER

ADMINISTRACIÓN, REDACCIÓN Y TALLERES:
APARTADO DE CORREOS 781 - BARCELONA

AGENTE DE VENTAS: Sociedad General Española de Librería
Barbón, 16, Barcelona - Torner, 4, Madrid

EDITORIAL
ALFA



AÑO XVIII

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS
SERIE **ALFA**
NUM. 82

NUM. 331

OTRA VEZ MIA

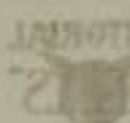
La existencia frívola que viven muchas mujeres jóvenes da ocasión a que surjan situaciones como la que se desenvuelve en el film que vamos a narrar, donde se ve a qué resultados llegan esas niñas mimadas por la fortuna, propicias a impresionarse por la retórica del necio que halaga su vanidad, más que por las palabras sensatas del hombre que las ama sinceramente. Carolina es una mujer joven de hoy día, que tiene la suerte de que su marido sea de ayer.

EXCLUSIVAS



Casa central:
Rambla Cataluña, 118
Sucursal en Madrid:
-:- Calle Mayor, 4

PRINCIPALES INTERPRETES



Ronald Colman
Anna Lee
Charles Winninger
Reginald Gardiner
Katherine Leslie

OTRA VEZ MIA

Director

Lewis Milestone

Novelización de

Marcos Estrada

OTRA VEZ MIA

RESUMEN ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

UN MARIDO HABIL

EN un cielo despejado aparece lo que a distancia semeja una mariposa, pero a medida que se acerca resulta ser una avioneta particular, cosa corriente en el firmamento norteamericano.

En el interior del avión viaja un hombre elegante, joven todavía y de aspecto simpático. Es Antonio Mason, el millonario que gusta de pilotar su aparato y desde el mismo consulta con los vigías de la Torre del Pabellón Alpino.

—N. C. 50 Torre del Pabellón Alpino, habla Antonio Mason... Torre del Pabellón Alpino...

Se oye rápida la contestación.

—Torre del Pabellón Alpino, contesta a Antonio Mason, N. C. 50...

—Oiga, ¿a qué hora despegó el

avión número cuatro para el Oeste?

—Falta hora y media.

—Gracias.

El millonario habla con su acompañante, que es a la vez su chofer.

—Bien, hemos calculado con acierto..., apenas si nos sobrarán unos cinco minutos.

El avión de Mason aterrizaba al poco rato y él daba órdenes a su chofer-piloto.

—Bill, lleva la avioneta al hangar... y tráeme el equipaje, y muchísimo cuidado con este objeto, te lo recomiendo.

—Si el señor me lo permitiera, le haría una pregunta—insinuó Bill.

—¿Qué quieres?

—¿Está seguro el señor de que esta figura que he de llevar con tanto cuidado tiene algún valor? ¿Se

trata realmente de una obra de arte?

Sonrió irónicamente Mason, y mirando al chofer, le dijo en tono semiconfidencial.

—Dentro de unas horas pienso arrojarla al fondo del mar desde una altura de diez mil metros, pero mientras tanto tiene un gran valor para mí.

No fué necesario añadir más. Bill fué a cumplir su cometido y Mason penetró en el restaurante del aeródromo.

Por la imaginación del millonario desfilaron las escenas que le habían llevado donde se hallaba en aquel momento. Se sentó en una mesa solitaria y conversó un rato consigo mismo.

—¿Es extraña mi determinación? No extrañará a nadie que conozca mis motivos. No tengo más remedio que tirar esa estatua al agua. Se trata de la salvación de mi esposa. En el fondo es buenisima, pero muy caprichosa, muy mimada. ¡Pensar que llegó a estar convencida de que había nacido para el arte! ¡Que debía dejarme a mí para ser escultora! Estoy convencido de que hice muy bien, cuando me enteré de sus fantasías, de abandonarlo todo y hacer lo posible para que entrara en razón.

Mason vivía de nuevo todas las

incidencias del caso y seguía la revisión mental, mientras esperaba.

—Creo que Carolina me quiere y estoy seguro de que yo la quiero muchísimo.... llevamos cinco años de matrimonio y de todos sus caprichos es más desponsable su padre que ella. Hija única, sin madre, se lo ha consentido todo, así es que cuando pasó a ser mi mujer fué a fuerza de tacto y dulzura que conseguí hacerla comprender que la niña había dejado de serlo. Debía dar paso a la mujer. Carolina conoció a un aficionado a la escultura, quien intentó convencerla, y casi lo consiguió, que en ella ardía la llama del arte... que en poco tiempo llegaría a ser una gran escultora, superando a los mejores artistas.... sería inmortal. ¿Dónde está la mujer que resiste tales halagos...?

Y mientras Mason espera a su mujer en el restaurante del aeródromo, explicaremos cómo ocurrió la aventura que ha llevado a ese millonario a la resolución de coger una estatua para arrojarla al agua desde gran altura.

Fuó así: El señor Bliss había quedado viudo con una hija, Carolina, a la que casó con Antonio Mason, reuniendo dos fortunas considerables. La joven esposa, mientras vivió al lado de su padre, había visto

satisfechos todos sus gustos y caprichos. La vida para ella no tenía obstáculo alguno, y cuando no era un viaje a Europa, era cruzar el continente americano de Este a Oeste en busca de aventuras y sensaciones nuevas. No podía siempre Antonio Mason abandonar sus asuntos para seguir los antojos de Carolina, y en estos casos no faltaba nunca el señor Bliss para acompañar a su hija, aunque la excursión le llevara a la Patagonia.

En uno de esos famosos viajes, realizados por el sólo gusto de andar de un lado para otro, Carolina Mason conoció a un hombre, ya maduro, que se llamaba a sí mismo artista escultor y respondía al nombre de Pol Martingel. Si a ese caballero le atraían los millones del viejo Bliss, es asunto que no se pone en claro, pero desde su primer encuentro con Carolina y su padre en Miami, no se separó de su lado, convirtiéndose en un inseparable compañero de viaje.

Por las mañanas en la playa, en el comedor, en el paseo, en el baile, Pol Martingel acompañaba a Bliss y a su hija siguiendo una táctica de halagar a ésta, intentando convencerla de que también ella sería una artista.

—Créame usted, Carolina, es la primera mujer que comprende la

grandeza de mi arte... Hay tan pocas mujeres comprensivas.

—No diga esto, señor Martingel, soy una infeliz que no entiende de nada.

—¡Qué modestia más encantadora!—insistía el artista.

—¿Cree usted que yo podría llegar a esculpir?—preguntaba Carolina un poco asustada de su audacia.

—A mi lado, Carolina, alcanzaría gloria y fama.

Estas sandeces quitaban el sueño a la señora Mason, a quien como que lo había conocido todo, creía que el soplo de la gloria era algo que valía la pena de intentar.

Cuando ya estaban de regreso hacia Nueva York, siempre acompañados de Martingel, quien había convencido a Carolina y a su padre que aquella se separara de su marido para casarse con él y así poder proseguir una carrera artística, se hallaban los tres en el restaurante del aeródromo esperando la salida del avión, y el escultor insistiendo en el plan que había logrado madurar durante el viaje.

—Será usted mi musa...—decía Pol.

—Es posible, creo que he sabido comprenderle.

El señor Bliss escuchaba la charla de aquellos dos con cierta sonri-

sa, que de haber estado el escultor menos absorto en su afán de halagar a Carolina, tal vez le hubiese intrigado.

—Carolina, trabajaremos juntos... Usted a mi lado para inspirarme. Será mi crítico y mi gula... Lo será todo para mí.

Carolina Mason escuchaba muy seria los pronósticos del escultor.

—Reconozco, Pol, que a usted debo que haya abierto mis ojos a una visión de arte cuya existencia era para mí ignorada... La belleza de una línea..., una curva...

—Y... todavía no ha podido admirar las obras de arte de los grandes maestros, porque mis pobres esculturas no son nada.

—No sea tan modesto, Pol.

La voz de uno de los mozos del aeródromo interrumpió la sesión.

—¡Atención, señores! ¡Atención, señores; el avión para Nueva York sale dentro de cinco minutos!

Varios de los que estaban en el restaurante se levantaron al oír el aviso, y entre éstos estaban Bliss, su hija y el escultor.

El señor Bliss se adelantó unos pasos, y Martingel retuvo a Carolina.

—Un momento. Tome esta sortija, quisiera que la llevara siempre puesta—dijo en tono solemne.

—¿Espero en el avión?—preguntó el padre de Carolina, pero ella ni le oyó.

No esperaba esa salida de Pol, aun cuando ya se había tratado de separarse de su marido entre los dos.

—No puedo aceptar esta sortija, Pol. Antes he de hablar con Antonio, creo que accederá a una separación.

—Temo que no—dijo Pol, esta vez con mucha sinceridad—. Él no la comprende, no la admira como yo.

—Sí... es un temperamento distinto, pero forzosamente se hará cargo de que el arte me ha transformado. Ya no soy la niña mimada que él conoce y quiere. ¡Oh, el arte! ¿Cómo lo cambia todo! De cualquier manera creo que todo puede arreglarse. Vamos, Pol, no sea que marche el avión, y mi padre está esperando.

Fueron los últimos pasajeros en acomodarse en uno de los grandes aviones que cruzan el continente americano, siendo ésta la última estación que hacía antes de aterrizar en el campo de la urbe neoyorquina.

Despegó el aparato con suma facilidad, y pronto el vasto aeródromo que acababan de abandonar, no tenía a sus ojos, más tamaño que un pañuelo de bolsillo.

Ciudades, aldeas, ríos, grandes

urbes, iban quedando atrás, y el transporte aéreo seguía su ruta con una seguridad completa, y sus ocupantes se dedicaban unos a leer, otros a conversar, algunos a hacerse el amor y otros, como el viejo

Bliss, a frotarse las manos pensando en el disgusto que pasaría su yerno cuando Carolina le dijera que pensaba dejarle para ser escultora... y casarse con aquel mentecato de Pol Martingel.

— QUÉDATE AQUÍ —

EL REGRESO

CON la misma seguridad y facilidad que había despegado, el avión, aterrizó y los pasajeros saltaron a tierra.

Los que aguardaban se acercaron a la escotilla por donde iban saliendo, y Carolina vió a su marido entre ellos. La presencia de Antonio la llenó de alegría y gritó:

—¡Antonio, estoy aquí!

—¡Carolina, Carolina!—y corrió hacia la escalerilla para ayudarla a bajar los últimos peldaños.

Antonio la estrechó en sus brazos y luego, separándose para mirarla, exclamó:

—¡Déjame que te mire! ¡No sabes lo feliz que soy al tenerte aquí de nuevo!

Mientras tanto, también había

bajado el señor Bliss y Pol, que observaban en silencio la alegría del joven matrimonio.

—¡Hola, papá!—dijo Antonio a su suegro, en cuanto se dió cuenta de su presencia. Le encontró a usted espléndido. El clima de Miami os ha probado a los dos. Y... a mí, ¿cómo me encontráis?

—Estás magnífico—dijo Carolina muy satisfecha, sin acordarse ya de Pol, que permanecía junto al grupo de familia.

—¿Este caballero?—dijo Antonio—¿va con vosotros? ¿No me presentas?

—¿A quién?—preguntó completamente distraída.

Antonio dirigió la mirada al escultor, y Carolina volvió en sí.

—Tienes razón, es el señor Pol

Martingel, escultor, vive cerca de casa, le presento mi marido, Pol.

—¡Encantado! —dijo Antonio con su habitual cordialidad.

—Muchísimo gusto —contestó Pol.

—Es un amigo nuestro—intentó explicar Carolina.

—Sí, sí, va comprendo. ¿Sería usted tan amable de sacar el equipaje de Carolina del avión?—dijo Antonio.

—Sí, sí —interrumpió el suegro—, aquí tienes tu tesoro.

—¿Viene usted con nosotros, señor Martingel?—preguntó Antonio.

—Son ustedes muy amables—contestó Pol.

—Pues no faltaría más, un amigo de mi suegro y de mi mujer, es también mi amigo, no se hable más, vamos a ver dónde han quedado los coches.

Antonio cogió a su esposa del brazo y se adelantó a los otros dos, que seguían a poca distancia.

Cuando estuvieron solos, Carolina se puso seria y miró a su marido.

—Antonio, ¿por qué has venido a esperarnos? Te telegraficé que no era necesario.

—Sí, es verdad, pero lei el telegrama y pensé: pobre Carolina, abandona el magnífico sol de Florida para reunirse con su marido en esta nieve y barro, he de salir a su

encuentro; y aquí me tienes. ¿Qué es esto?

—¡Nada! Un libro para leer en el avión—dijo Carolina, mostrándolo.

—Ya comprendo, lectura ligera, chistes, ¿no?

Llegaron adonde estaban esperando los coches, y Antonio no dejaba de mirar a su esposa con aire satisfecho.

—¡Me parece increíble!

—¿Qué?—preguntó ella sorprendida.

—Tenerte aquí. Como renace el cariño cuando se ve de nuevo a la persona amada. ¿Está usted casado, señor Martingel?—preguntó Antonio, dirigiéndose rápido al escultor.

La pregunta cogió de sorpresa a Pol, pero reaccionando contestó:

—No, no; pero pienso casarme pronto.

—Pues amigo mío, debe apresurarse, porque no sabe lo que se pierde... Hola, Jenkins, no pongas esa cara, soy yo—dijo Antonio al chofer de su suegro, que le miraba un poco pasmado.

—Señor Mason, encantado de poder servir a usted—contestó el chofer.

—Carolina, no sabes lo feliz que me encuentro a tu lado—insistía Antonio, sonriendo a su mujer.

—¿Qué te parece mi nuevo co-

che?—dijo ella para variar de conversación.

—¿A mí? ¡Precioso! Y, ¿a ti?

—Me encanta, pero no lo comprendo muy bien, había encargado un «Roadster».

—Y ahora te gusta más esto?

—¡Sí, mucho más!

—Vamos, sí, de lo último que yes—observó Antonio, sin perder el buen humor de que estaba haciendo gala desde que había llegado su mujer.

Todos rodearon el coche, y Antonio decidió cómo debían sentarse.

—Carolina, su padre y usted, señor Martingel, dentro, y yo conduciré con Jenkins a mi lado.

—No, no, de ninguna manera—objetó Pol—, yo iré con el chofer.

—No, no señor, ya cometí una falta de cortesía habiéndome presentado a recibirles sin avisar. Ya le he dicho que conduciré, y mientras tanto miraré a Carolina por el espejuelo, luego Jenkins le dejará a usted en su casa.

Era inútil resistir las órdenes de Antonio, y se hizo tal como él había indicado.

Los tres ocupantes del coche estaban un poco preocupados. El señor Bliss rompió el silencio.

—Carolina, no creo que te sea tan fácil como suponías hablar con Antonio de tus planes.

—Lo mismo creo yo—dijo Pol—. Empiezo a ver dificultades.

—Desde luego, si empezáis a quitarme todo el valor que necesito desde un principio—dijo Carolina de mal humor.

Antonio cogió el tomavoz y habló a su esposa.

—¡Carolina!

—¿Qué ocurre?—preguntó ella.

—¿Te acuerdas de mí?

—¡Claro que sí! ¿Qué preguntas!

—¿Qué te parece mi sombrero?

—Sí, sí.

—¿Sí, qué?

—Que sí, que me gusta mucho.

—¿Me quieres, Carolina?

—¿Qué?

—¿Qué si me quieres mucho?

—¡Antonio, qué pregunta!

—¿Qué hace ese idiota de escuchar?

—Sí, sí...

La sangre fría de Antonio contrastaba con los nervios de Carolina, que no sabía qué decir ni qué pensar. De repente frenó el coche, y luego emprendió una marcha desesperada.

—Temo que sea un golpe atroz para su marido—dijo Pol.

—Puede destrozarle el corazón—dijo el socarrón del suegro.

—¿Por qué conduce tan aprisa?—preguntó Pol, algo nervioso.

—Es que está deseando llegar a casa—explicó el viejo.

—Es una situación desagradable la mía—dijo Pol—, ahora usted regresa a su casa, allí está su marido.

—No se preocupe por esto, Pol; se lo diré en cuanto lleguemos a casa. Venga a verme antes de una hora y me encontrará libre para seguir mi carrera artística, mi vocación para el arte.

—Sí, sí, y en caso de que ellos no le reciban, Pol, usted vendrá a las carreras de caballos conmigo, y si todo sale como vosotros queréis, entonces iré a las carreras con Antonio.

El coche llegó a casa de Mason, y Walter, el mayordomo, salió a la puerta a recibirles.

—¡Hola, Walter, he traído de nuevo a la señora!—dijo Antonio.

—Me alegro de que hayan llegado bien los señores.

—Walter, todo a mi despacho—ordenó Mason.

—Muy bien, señor.

Carolina se había apeado también.

—Adiós, Pol, Jenkins le llevará a su casa.

—Muchas gracias.

—Adiós, hasta muy pronto, señor Martingel—dijo el marido.

—Muchas gracias, así lo espero—contestó el escultor algo confuso.

—Yo continuo con Pol—dijo el suegro.

—No, no—insistió Antonio—; usted se queda aquí con nosotros.

—Pero quizá, tú y Carolina tengáis algo que hablar...

—No hemos de decir nada que no pueda oír usted, querido suegro. ¿Verdad, Carolina?

—No, claro que no—contestó ella asustada.

—¿Ve usted? Mira, Carolina, el jardín se ha engalanado para ti.

—Es verdad, tengo un ímán para las flores. Parecen nacer para mí donde no las ha habido nunca.

—Las flores tienen muy buen gusto. Vamos, Carolina, bienvenida de nuevo en tu hogar.

Antonio cogió a su esposa por la cintura y penetraron en la casa mientras el coche que conducía a Pol se alejaba rápidamente.

EL SUBLIME ARTE

LAS esculturas que había traído Carolina estaban ahora en el xhafi, y Antonio las observaba con ojo crítico. Ella temía su juicio. Con mucha calma fué él mirando todas las figuras, y al fin exclamó:

—Veo que te has aficionado a la escultura, esposa mía.

—Sí; encuentro que es un arte muy interesante... ésta es un Finenza, encantadora, ¿verdad?

—No está mal.

—Esta cabeza es un Remizoff— aclaró el suegro, señalando a otra pieza escultórica y pensando en cómo iba a terminar todo aquello.

—Esto es una fantasía que compré a un refugiado polaco— siguió explicando Carolina sin hacer caso de la interrupción de su padre.

Mientras hablaba, Antonio se dirigía hacia la escalera y su esposa le seguía.

—La línea de ésta es una maravilla, y esa tristeza que acusa la cara es emocionante, ¿verdad, Antonio?

—Sí, sí; no está mal.

—Pol es escultor...

—¿Pol? ¿Quién es Pol?

Sí, nuestro amigo, el que te presenté...

—¡Ah sí, Martingel! ¿De veras? Nadie lo diría. Bueno, me voy arriba.

—¡Antonio! Espera un momento, quiero hablarte.

El suegro vió venir el peligro y dijo en voz baja a su hija:

—Bueno, será mejor que os deje solos.

—Antonio...

—Carolina, es que... ¡Ah, esto me gusta!—dijo Antonio, mirando otra escultura—. ¿De quién es?

—Es... Lo que iba a decirte cuando...

La señora Rodell, ama de llaves de la casa, apareció en la escalera.

—¡Hola, señora Rodell!—exclamó Antonio.— Ya estamos aquí.

—¿Cómo están los señores?—preguntó la fiel sirvienta.

—Bien, bien; ¿qué le parece la señorita?

La encuentro muy bien, ¡cuánto me alegra verles aquí de nuevo!

—Gracias, muchas gracias—contestó Carolina a la bienvenida de su ama de llaves.

—No las merece, señorita, no las merece.

Antonio empezaba a impacientarse con tantas interrupciones.

—¿No te parece que es hora de subir, Carolina?

—No, Antonio, lo que yo tengo que decirte...

La camarera de la señorita apareció en el rellano.

—Nanette—dijo Antonio—, ya estamos aquí.

—Encantada de ver a la señorita.

—¡Todos estamos encantados,

¿no es así, Carolina? Nada tan hermoso como el regreso al hogar.

—Antonio, lo que debo decirte es muy importante, créeme.

—Muy bien, encanto; sube conmigo y me cuentas todo lo que tengas que contarme.

Antonio vió en la mano de su mujer la sortija que le había dado Pol en el aeródromo. La miró atentamente y exclamó:

—Lo siento, Carolina; pero la encuentro horrible. Dámela y la devolveré a la tienda donde la compraste. Ya te buscaré otra cosa.

Antes de que tuviera tiempo de protestar, él había cogido la sortija. Walter apareció en la puerta de la habitación.

—Señor, ya he arreglado su ropa.

—Gracias, Walter—contestó su amo, y éste, seguido de Carolina, entró en su cuarto.

Antonio abrazó a su esposa al tiempo que exclamaba:

—¡Al fin solos!

—¡Antonio, Antonio! ¿Estás loco?

—No, estoy lo más cuerdo.

—Por cierto... hablando de mi amiga Elena...

—Hija, no estábamos hablando de Elena.

—Sí, va lo sé pero refiriéndome a ella...

—¿Es preciso hablar de Elena?
—Sí. Ya no está enamorada de Fred.

—¿Por qué?
—Porque se ha enamorado de otro —aclaró Carolina con cierto aire vengativo.

—¿Amigo nuestro?
—Sí.
—¿Más joven que Fred?
—Sí.

—¿Y más artista, sin otra ocupación que estar con ella siempre?
—Sí.

—Sí, siempre suceden estas cosas con mujeres tontas como Elena.

—¡Elena no es tonta! —exclamó Carolina, indignada.

—Pero no tiene tu inteligencia. La respuesta desconcertó a la esposa y sólo le quedó aliento para dar las gracias a su marido.

—Tuve más suerte yo, Carolina querida. Bueno; ahora ya hemos hablado de Elena.

—Sí; pero es que todavía hay algo más.

—Soy todo oídos, querida esposa. Le resultaba un poco difícil a Carolina mirar a su esposo cara a cara y optó por volverse de espaldas.

—Antonio...
—Dime...

—Lo de Elena fué un pretexto para hablarte de mí...

—¿Sí?
—La vida ha tomado para mí un aspecto distinto.

El marido la escuchaba atentamente y la observaba sin perder detalle de tan interesante revelación.

—Tú no me necesitas, Antonio, te absorben tus negocios... Yo he nacido para el arte, siento el fuego de la inspiración...

Sin que ella se diera cuenta, su marido se había introducido en el cuarto de baño para no oír más tonterías. Ella seguía hablando.

—Creo necesario que... nos separemos... para dedicarme por entero al arte.

Cerró los ojos Carolina y dijo para sí misma:

—¡Ya está dicho! ¡No podría repetirlo!

De momento tuvo la sensación de estar sola y gritó:

—¡Antonio! ¡Antonio!
—¡Aquí me tienes! ¿Deseas algo?

Ante los ojos de Carolina apareció su marido que salía del cuarto de baño, afeitándose.

—¿No has oído lo que te he dicho?

—¿Qué me has dicho? —preguntó Antonio, sonriendo.

—He dicho... he dicho que te des prisa en afeitarte, que yo espero abajo.

—Muy bien, con uno de tus coc-tels y una guindita, ¿eh?

—¡Con una guindita! ¡Con una guindita! ¡Con una guindita!

Y así murmurando, bajó Carolina la escalera, sintiéndose completa-mente fracasada.

VACILACIONES

TODOS los planes que hiciera Carolina junto a Pol y protegida por el sanchopancista que era su padre, y que tan fáciles de realizar habían parecido en la playa de Miami, en el avión y en la terraza de un restaurante, resultaban muy difíciles de desarrollar ante la sonrisa franca de su esposo a quien nada podía reprochar.

Pero los halagos de Pol todavía repercutían en los oídos de Carolina. El la había llamado artista, a su lado sería inmortal, esculpiría como los grandes maestros... ¡Ah, ella debía seguir su destino!

Marchó decidida a su gabinete y escribió una nota que rompió, luego otra. Era fácil empezar, pero resultaba difícil continuar.

«Querido Antonio: Es el caso que...»

Mientras Carolina se hallaba ocupada escribiendo a su esposo lo que no había tenido valor para decirle cara a cara, él atendía una llamada telefónica.

—¡Diga! ¡Diga! ¿Quién? Diga... ¿El doctor Curtis? Sí, acabo de llegar.

—¡Ah, cuánto me alegro, señor Mason!—respondía la voz bondadosa del doctor Curtis, rector de la parroquia—. Quería hablarle a usted de unas obras...

—Sí, sí; yo pensaba escribirle sobre eso, doctor. Espere... ¿Por qué no viene a verme?

—Siempre temo molestar.

—No, no, venga a hacernos una

visita, no será ninguna molestia, nos causará un verdadero placer.

—¿Qué le parece dentro de media hora?

—Es precisamente usted la persona que más deseo ver. Dentro de media hora... magnífico. Hasta luego, doctor Curtis.

El viejo Bliss se había instalado en el bar de Mason y estaba preparando unos coctels. Carolina se había reunido con su padre y pasaba arriba y abajo de la habitación.

—Papa, le he mandado una carta.

Antes de que Bliss pudiera contestar entró Pol Martingel, doblándose en saludos.

—¿Estás nerviosa, hija? — preguntó Bliss.

—Sí, ¿quién sabe si ya la he leído?

Antonio entró en el bar con el aspecto de hombre satisfecho que había demostrado ser desde la llegada de su esposa.

—¡Bien, ya estamos todos aquí!

—exclamó, y al darse cuenta de Pol, añadió—: ¡Hola! ¿Usted por aquí? ¡Encantado!

Sin esperar a que Pol contestara, Antonio cogió a su esposa por la cintura.

—Dame una copita, esposa mía. ¿Les ha dicho, Carolina, que posiblemente me quedare aquí toda la se-

mana? Y si me siento feliz pasaré aquí toda la temporada. En cuanto vi los ojos de Carolina, ya comprendí que no podría estar por mis negocios el martes. ¡Brindo por todos!

Antonio levantó la copa y saludó a todos.

—¿Por todos también—contestó el suegro.

—Mi esposa es la que hace mejor los coctels. Creo que por eso me casé con ella. A propósito, señor Martingel, usted se queda a almorzar con nosotros...

—No... es decir, su suegro me ha propuesto ir con él a las carreras.

—Sí, con uno de los dos...—contestó el viejo con socarronería.

—¿Entonces, señor Martingel, es usted quien almuerza en las carreras? Nosotros almorzaremos en casa solitos, ¿verdad?

—Yo... había pensado...—insinuó Carolina.

El mayordomo entró en el bar.

—Con permiso, señorita, el doctor Curtis espera...

—¿Al teléfono?—preguntó Carolina.

—No, señorita, en el recibimiento.

—Hágalo pasar — dijo Antonio, dirigiéndose a la puerta para recibirle.

El anciano rector apareció en la puerta.

—Cuánto me alegro de verle por aquí, doctor Curtis—dijo Antonio, dándole la bienvenida—. ¿Conoce usted a mi padre político?

—Tengo ese gusto, señor Mason.

—Permítame que le presente al señor Martingel...

—Encantado, caballero.

—Lo mismo digo, doctor Curtis.

—¿Cómo está usted, señor Mason? Esta es una de las damas más devotas de mi parroquia—dijo el sacerdote, mirando a los que le rodeaban.

—Siéntese, doctor Curtis—observó Carolina.

—Gracias, gracias: nadie parece entender mis sermones tan bien como ella—seguía explicando el capellán—. Cuántas veces los comentamos ante una taza de té, ¿verdad, señora? Y siempre tan comprensiva, tan llena de bondad.

Carolina estaba un poco violenta, contrastando con la sonrisa de satisfacción que se dibujaba en el semblante de su marido.

—Alguna vez he pensado—continuó el doctor Curtis—que de no haberse casado, su admirable esposa habría sido una profesora perfecta para mi escuela de niñas. Jugando con ellas, cantando con ellas y sufriendo por ellas.

—Me lo imagino—dijo Antonio—. La encontré antes de que el profesorado la arrebatara. A propósito, doctor, recibí su carta sobre la colonia de muchachos. Creo que sería un acierto ponerle el nombre de Carolina.

—¡Campamento Carolina! ¡Magnífico, encantador!

—Y tengo un donativo para usted, doctor Curtis—y Antonio sacó del bolsillo la sortija que había quitado de la mano de su mujer y una carta.

Lo miró todo un poco extrañado y luego, haciendo como que se daba cuenta de lo que se trataba, exclamó:

—¿Qué es esto? ¡Ah sí, aquella feísima sortija que compraste no sé dónde!

Entregó la carta al doctor Curtis.

—¡Cuánta bondad!—exclamó el sacerdote, y fijándose en el sobre de la carta, vio que decía «urgente».

—¿Urgente?—dijo el doctor Curtis un poco extrañado.

—Perdone, me he equivocado; esta es para usted. Sí, Carolina, has puesto urgente en tu nota, pensaba leerla al momento, seguí afeitándome y ahora lo había olvidado. ¿Me perdonas?

—No la leas ahora—dijo Carolina, un poco asustada.

—Pero querida, has puesto «urgente». ¿Me permiten?

—No es nada, de veras, Antonio, sólo quería decirte...

—¿Qué?

—Que no teníamos comida en casa... y que era mejor que almorzáramos fuera...

—¡Claro, claro, y has puesto urgente porque tenías hambre!

—Sí—contestó Carolina, sacándose un peso de encima al ver que la carta se quedaba de nuevo sin leer...

—Debo marcharme—dijo el doctor Curtis...

—Siento no poderle invitar a comer—dijo Carolina...

—No se preocupe, señora Mason, además estoy impaciente por anunciar la buena nueva a mis discípulos... Sí, gracias por todo, señor Mason, por su generosa ayuda. Me felicito de que hayan regresado.

—Gracias, doctor Curtis, yo también me siento feliz al hallarnos todos de nuevo en casa.

—¿Campamento Carolina?—repetía el sacerdote a medida que se alejaba de la casa de sus generosos feligreses.

—Bueno, nos vamos a almorzar—dijo Antonio.

—¿Por qué no vienen con nosotros a las carreras?—preguntó Pol.

—Sí, Antonio—dijo Carolina—vamos con ellos.

—Nena, he estado mucho tiempo sin verte. Almorzaremos solos, luego volveremos y pasaremos la tarde juntitos. ¿Verdad que nos comprenden?

—Yo lo comprendo—dijo el suegro...

—Es usted un suegro ideal—contestó Antonio, metiéndose de nuevo la famosa sortija en el bolsillo—Voy a cambiarme de chaqueta.

Quedaron los otros en el bar comentando lo sucedido.

—Venid a tomar algo—dijo Bliss—, os lo habéis ganado. Hay una cosa que has heredado de tu padre, Carolina. La facilidad de improvisar.

—Ha sido un acierto evitar que leyera la carta—observó Pol.

—¡Con el doctor Curtis presente!—exclamó Carolina, horrorizada—Pero ¿qué vamos a hacer ahora?

—Siempre os dije que esto no iba a resultar tan fácil—observó el padre.

—Se que no seré capaz de volverlo a repetir—dijo Carolina—Papá, ¿no podrías decirselo tú por mí?

—Sí, señor Bliss, hágalo usted—insistió Pol.

—¿Yo? No, no; se lo diréis vos-

otros. Lo que quiero saber es quién viene conmigo a las carreras y dónde almorzamos.

—Pol, dígaselo usted a Antonio —suplicó Carolina.

—¿Yo? ¡De ningún modo! ¡Apenas le conozco! —exclamó, asustado, el pretendiente.

—Eso le daría más facilidades —observó Bliss.

—No, no, no; no puedo. Y ahora que le conozco un poco, todavía menos.

No había manera de ponerse de acuerdo, los tres pensaban que sería muy fácil explicar cómo estaba la cuestión a Antonio y cuando lo tuvieron delante nadie se atrevió a decir palabra.

—Pues no decía usted, Pol —insinuaba Bliss.

—No, no, esperen —dijo Carolina—; ya lo tengo todo resuelto. Si nadie se atreve a decírselo, no se lo diremos. Nos vamos sin decir nada.

—¡Estupendo! —exclamó Pol, quien cada vez sentía más miedo a Mason.

—¿Nosotros tres? —preguntó Bliss.

—No, Pol y yo —aclaró Carolina.

—¡Al fin se decidió! —dijo Pol, satisfecho.

—No, no se precipite. Me lleva-

rá usted a Santa Bárbara a visitar a su madre.

—¿A mi madre? —preguntó Pol, sorprendido.

—Usted me lo dijo.

—¿Esto te propuso? —preguntó el padre muy extrañado.

—Sí, lo dije —contestó Pol con aire contrito.

—Pues lléveme, en eso no hay nada de malo.

—¡Naturalmente! —asintió Pol.

—¿Por qué naturalmente? —preguntó el padre.

—Papá, no seas así; Antonio no tiene tus ideas y consentirá en la separación.

—Es casi seguro —dijo Pol.

—Muy probable —siguió diciendo Carolina—; Nos marchamos y dentro de unos días comprenderá que le he dejado...

—Creo que se dará cuenta mucho antes —observó Bliss.

—¿Cuándo nos marchamos, Pol? ¿Mañana?

—No, esta noche. No puedo consentir que pase usted un día más en casa de ese hombre.

—¡Qué carácter! —dijo Bliss.

—¿Está bien? ¡Este noche! ¿A qué hora sale el tren?

—Hay uno a las ocho.

—De acuerdo. Me reuniré con usted en la estación de West Palm Beach a las ocho.

—Es una gran idea y obligará a Mason—dijo Pol—. Yo siempre he sido partidario de que, si has de hacer una cosa, hazla antes de que puedas volver atrás.

Carolina se acercó a su padre.

—¿Temes que pueda haber escándalo?

—Me parece que puede haberlo... y bastante.

—¿Claro!—dijo Pol.

—Bueno, no me importa—dijo Carolina, tan decidida como cuando se hallaba en el restaurante del aeródromo.

—Carolina, espere un momento

—dijo Pol, titubeando.

—No, Pol, no. Si hay escándalo, lo afrontaré, no soy cobarde.

—Pero si no lo habrá—insistió el escultor.

—Pol, por favor, no me interrumpa—dijo Carolina, nerviosa ya—. Como es muy natural, yo hubiese querido evitar el escándalo por causa de Antonio, y hacer las cosas sin que nadie se enterara, pero desde el momento que debemos partir en el tren, la gente nos verá en la estación, nos encontraremos en el vagón y debemos hablar de algo...

La señora Mason andaba arriba y abajo del bar hablando sin saber exactamente lo que se decía.

Pol había sacado un carnet del

bolsillo y estaba escribiendo notas.

—Somos inocentes—continuaba diciendo Carolina—, no tenemos que avergonzarnos de nada...

Ella se fijó en que el escultor estaba escribiendo.

—Por favor, Pol, no escriba más notitas. Si ha de decirme algo, dígamelo, se lo suplico.

—Pero Carolina, no se ponga así—dijo, asustado, Pol.

—Debe usted esperar a que yo termine de hablar para empezar a escribir. Se trata de un caso, el nuestro, irremediable, y es necesario afrontar el peligro...

La idea del peligro no entusiasmaba al artista, a quien el galanteo con la señora Mason, protegida por su padre, le resultaba mucho más interesante que tener que hacer frente a un marido tan difícil de comprender como Antonio.

La nota que acababa de escribir el escultor decía así:

«Yo saldré en el tren de Palm Beach a las ocho. Usted toma el tren en Hobo Sound a las ocho y media.»

El papelito había quedado encima del mostrador del bar. Carolina lo leyó sin tocarlo.

—Me parece una excelente idea—dijo la frívola esposa.

Antonio reapareció.

—¿Puedo beber otro coctel antes

de irnos?—preguntó el siempre sonriente Mason.

—Sí, Antonio, no faltaría más. Toma éste — contestó su mujer, acercándole una copa.

—No, no lo quiero de champaña. ¿Hola, que es este papelito?—dijo Antonio, mirando de soslayo la nota que había dejado Pol—. ¿Tu padre ha estado resolviendo crucigramas?

El viejo Bliss estaba detrás del mostrador y los otros tres ante él.

—Sí, sí, se trata de una broma mía—dijo el suegro, siguiendo la corriente.

—¿Es realmente un crucigrama?—insistió Antonio.

—¡Antonio! ¿Por qué recalcas tanto la pregunta?—exclamó su mujer.

—Ha dicho crucigrama como podría haber dicho cualquier otra cosa—sugirió Pol—, no veo malicia en la pregunta.

—Bien, ¿cómo podremos divertirnos mientras esté usted aquí? ¿Por qué no se queda a cenar con nosotros?—dijo Antonio.

—Es usted muy amable, señor Mason; pero tengo un compromiso para esta noche—dijo Pol.

—¡Qué lástima! ¿Y mañana?

—Mañana...

—Venga a merendar el martes.

Pol y Carolina ya no sabían dón-

de mirar. Antonio demostraba un aplomo admirable y el viejo Bliss se defendía bastante bien, teniendo en cuenta que él estaba dentro del secreto.

—Mil gracias—dijo Pol—, vendré el martes.

—¿A merendar y cenar?

—Sí, usted lo quiere así...

—¿Quiero darle fuego?

Mason había sacado un cigarrillo, lo había golpeado suavemente y al momento de ir a encenderlo se dio cuenta de que no llevaba encendedor.

—¿Fuego?—dijo su suegro—. Sí, en seguida —y encendió dos papilitos que acertó al cigarro de su yerno.

—Gracias—contestó este.

Carolina respiró tranquila al ver los papilitos encendidos.

—No los apagues, papá, encenderé también mi cigarrillo.

Cuando Carolina hubo encendido su cigarro, Antonio hizo ademán de tirar los papeles sobrantes al suelo.

—¡Antonio, no sobre la alfombra!

—No te preocupes, nena, ya los recogeré—dijo el marido, y con los papeles medio quemados en la mano se dirigió a la chimenea.

—Yo voy arriba a ponerme el sombrero —dijo Carolina—. Hasta

ahora mismo. No tardó ni un minuto.

—Bueno, si vamos a las carreras, marchemos ya—dijo Bliss.

—Sí, creo que es lo mejor que podemos hacer—asintió Pol, que ya no podía resistir más. ¡Adiós!

—Hasta mañana, amigo—dijo Antonio, tendiendo la mano al ar-

tista— Encantado de haberle saludado de nuevo.

—Muy agradecido—contestó Pol mientras ganaba la puerta, deseoso de huir.

Al quedar solo, Antonio paseaba arriba y abajo de la salita-bar, murmurando:

—¡Crucigramas!

UNA INSENSATEZ

AL subir Carolina a su habitación para ponerse el sombrero, escribió una nota apresuradamente y llamó a su doncella.

—Anita... quiero que lleves esta carta a la señorita Elena y hagan lo que ella te diga. Ahora no me preguntes nada y haz lo que te ordene.

La doncella se dio cuenta de que su ama estaba muy nerviosa, pero no se trataba ahora de hacer preguntas. ¡No tardaría mucho en saber qué era la causa de todo aquel misterio! ¡Pobres señoritas! Se imaginan que son muy independientes y están en manos de su servicio.

—Muy bien, señorita—contestó Anita—. cumpliré su encargo.

Se reunió Carolina con su marido

y subiendo en el coche partieron en dirección al mar.

Pol y Bliss habían salido pocos minutos antes en otro coche y apenas hablaban. De vez en cuando Pol preguntaba qué hora era.

—Es la quinta vez que me lo pregunta usted en diez minutos—observó Bliss.

—¿Qué le parece que pueden hacer durante toda una tarde?

—Está usted muy nervioso, amigo!

—Señor Bliss...

—Lo comprendo, Carolina olvida a las personas que no tiene delante...

—Pues le aseguro que a mí no me olvidará, aunque tenga que te-

tegrificarle cada dos minutos, recordándole quién soy yo.

—No creo que sea necesario tanto tampoco.

—Pero, ¿en realidad es tan olvidadiza su hija?

—Ya ha visto usted lo que le ha ocurrido con Antonio. Le olvidó al conocer a usted y ahora le olvida a usted al reunirse de nuevo con él.

—Señor Bliss...

—Mujeres y mujeres...

—Pero su hija no es como las demás,

—¿Oh, no!

El coche de Mason paró ante un restaurante muy distinguido y muy visitado, cerca del mar.

Albert, el «maitre», conocía muy bien a su clientela, y en cuanto se dio cuenta de la llegada de Mason, pasó a recibirle.

—Señor Mason, siempre a sus órdenes...

—Pues... Albert, mientras mi esposa va a componerse un poco, hablaremos de la minuta.

Mason esperó a que Carolina desapareciera y acercándose al «maitre», le dijo:

—Quiero pedirle un gran favor. Se trata de una situación delicada y deseo que todo lo que nos sirva sea muy exquisito. Si cree que pue-

de prepararnos una comida especial, tómelo con calma. Disponemos de toda la tarde.

—Señor Mason, confíe en mí.

—Agradecido, Albert. A propósito, ¿cómo se llama la tienda de flores de al lado?

—«El Paraíso Florido», señor Mason.

—Gracias, Albert, voy a por unas flores mientras espero a mi mujer.

Cuando apareció Carolina, su marido no había regresado todavía. Ella se dirigió al «maitre».

—Señora Mason...

—Albert, quiero que me haga usted un favor. Se trata de una situación delicada, creo que mi marido tiene prisa para marcharse pronto. ¿Puede usted servirnos algo especial, que emplee bastante tiempo en su preparación? ¿Puede hacerlo?

—¡Señora, tenga confianza en mí!

—Gracias, Albert.

El «maitre» marchó a ordenar el «algo especial» que deseaba el matrimonio Mason, y mientras se alejaba meneaba la cabeza muy expresivamente.

Antonio reapareció con unas flores que dio a su esposa.

—¿Ya estás arreglada?

—Sí... Antonio.

—Acompaña a los señores al número 15—ordenó Albert a un camarero.

—Por aquí, señores, por aquí.

El matrimonio Mason siguió las indicaciones de aquel muchacho y al momento sonó el timbre del teléfono.

El «maitre» se dirigió al aparato.

—¿Diga?

—¿Es Albert? Habla el señor Martingel...

—Muy bien, señor Martingel, usted dirá.

—¿Están ahí los señores Mason?

—Sí...

—¿Están almorzando?

—Se les está preparando el almuerzo...

—Quiero pedirle un favor, Albert. Sabré recompensarlo. Es algo muy importante; usted verá, se trata de...

—¿Una situación delicada, tal vez?

—Sí, sí, usted lo ha adivinado, conviene que los Masson no terminen de almorzar antes de las seis.

—Confíe en mí, señor Martingel, y si han terminado antes de las seis de la tarde, yo no soy el hombre que me he creído ser.

—Gracias, Albert.

El día se presentaba lleno de

enigmas para aquel encargado del restaurante en quien todos confiaban sus curtas. Albert era un hombre muy servicial y le interesaba quedar bien con todos sus clientes.

Cuando colgó el aparato se dirigió al comedor donde se hallaban Carolina y su marido.

—Señor Mason, ¿puedo permitirle un consejo?—dijo Albert.

—¡Ya lo creo!

—¿Por qué no me confía la minuta?

—Es una gran idea, Antonio—dijo su mujer, entusiasmada ante la perspicacia del intrigante Albert.

—Señor Mason, voy a prepararle un almuerzo, el recuerdo del cual llegará hasta sus nietos. ¿Tienen mucha prisa?

—No, no—dijo Carolina—, tomese el tiempo necesario.

—Claro, claro, lo que usted necesite—asintió Antonio, contento también al ver que el «maitre» cumplía sus instrucciones.

—Bien, bien; entonces tal vez sería conveniente que mientras aguardan dieran un paseo en balandró. El aire del mar les despertará el apetito. Hoy el mar está delicioso.

—Sí, tiene usted razón.

—Es una gran idea, Antonio, deja que Albert haga lo que debe hacer.

O T R A V E Z M I A

y nosotros daremos ese paseo por el mar.

—Muy bien, pues hasta dentro de una hora.

—Sí, sí; pero quizá sería mejor hora y media. No se puede atosi-

gar a un artista y les aseguro que mi cocinero es un artista.

—Vaya por hora y media—contestó Antonio, cogiendo a su mujer por el brazo y saliendo en busca del balandro.

UN CRUCERO ACCIDENTADO

LE era un poco difícil a Carolina disimular su nerviosidad, y la extraordinaria calma de su marido la tenía intrigada.

¿Qué sabía él? Era un poco difícil de averiguar. Su trato hacia Pol había sido extremadamente cordial. Bien es verdad que ella, que conocía muy bien a Mason, descubría la nota irónica en todo lo que decía cuando hablaba con el escultor y ella también adivinaba que le consideraba como un perfecto botarate. No obstante, Carolina debía guardar todas estas opiniones, pues le era imposible interrogar a su marido, máxime cuando ya había decidido marchar con Pol aquella misma noche con la excusa de visitar a la madre de este en Santa Bár-

bara. No estaba ella muy segura de sus actos, pero ya estaba lanzada y no podía volver atrás. Ahora incluso ya tenía una cómplice: Elena.

Éstas eran las preocupaciones de Carolina mientras su marido se preocupaba del balandro, y él, por su parte, también pensaba en las jugaditas que tenía reservadas a su bellísima esposa y al artista trovador.

Mason sabía perfectamente adónde iba, mientras que Pol y Carolina andaban a tientas y ninguno de los dos sabía lo que quería. Se habían conocido en el ambiente falso de un hotel de lujo y ambos llevaban careta. Era indispensable quitársela antes de que el mal fuese irremediable. Era necesario que Carolina volviera en sí. En cuanto

a Poi, allá él con su arte y sus esculturas.

Por fin halló Antonio el balandro que le interesaba, y subiendo a bordo con su esposa, iniciaron una vuelta por la bahía que, tal como había dicho Albert, estaba deliciosa.

—No me cansaría de estar aquí —dijo Antonio.

—Tampoco yo —repuso su mujer.

—Es curioso... ¿pero no te ocurre a veces que una escena, como esta, por ejemplo, te parece que ya la has vivido antes?

—No te entiendo...

—Es bien sencillo. Lo que está pasando ahora, tú y yo pasando en un balandro mientras esperamos que Albert nos prepare la comida, pues como si esto lo hubiésemos vivido anteriormente.

—Sí, dicen que a veces se tiene esta sensación; ahora, en este momento, todo esto es nuevo para mí. ¡Oh, mira qué pez tan raro, Antonio!

Ella quería llevar la conversación por un derrotero y Antonio por otro, así es que prescindiendo de la observación acerca del pez, él continuó el plan que se había trazado.

—¿Cuándo fue?

—No sé de qué hablas, Antonio.

—Sí, sí, ahora recuerdo, en Montecarlo, el 15 de junio de 1936.

Motivo: los señores Mason en viaje de novios...

—Antonio, ¿pueden ver los peces lo que ocurre en la superficie?

—Creo que no. ¿Recuerdas aquella canción que la orquesta repitió diez veces?

Ella insistía sin querer atender lo que él decía.

—¿Tienen domicilio fijo los peces, o viajan siempre de aquí para allí?

—Espero, querida Carolina, que no pensarás dedicarte a la piscicultura?

—No, no; es pura curiosidad.

—Pero ahora recuerdo, hablando de peces... ¿cuál era el nombre del puerto en que desembarcamos?

—¡Antonio, estamos muy lejos! ¡Jamás llegaremos a tiempo para almorzar! Debemos regresar en seguida.

—¡Buena, buena! ¡Cuidado con las cuerdas, Carolina!

Era más buen marinero Mason que su mujer y a pesar de la advertencia que él le hiciera referente a las cuerdas, ella halló el sistema de enredarse y caer al agua.

—¡Socorro! ¡Socorro!

Mason se tiró al agua sin titubear y no tuvo que realizar ningún esfuerzo para salvar a su esposa. Cuando la tuvo de nuevo a bordo

y mientras procuraba calmarla, le dijo:

—¡Oh, Carolina! ¿Te acuerdas cuando caíste en el Gran Canal? Estábamos en Venecia, durante nuestra luna de miel. Ya te decía yo que a veces hay escenas que uno cree que ya las ha vivido.

El crucero de regreso no les dio tanto tiempo para hablar y Antonio era el primer interesado en llegar al restaurante a toda prisa para poder dar algo reconfortante a su mujer, después del susto que había pasado.

Cuando llegaron, todos los camareros, con Albert al frente, se multiplicaban para servirles. En la cocina llovían los encargos.

—¡Dos bocadillos, ardiendo!— pedía un camarero.

—¡Un bocadillo doble!—ordenaba otro.

Y mientras tanto Mason y Carolina los devoraban.

—¿Te encuentras mejor, Carolina?

—¡Antonio, me has salvado la vida!

—¡Bah, no le des importancia!

—¡Te has arrojado al mar como un héroe!

—Hija mía, cuando uno ejerce de capitán debe seguir la tradición. El marino ha de cumplir con su deber o hundirse con su barco. Bueno,

aunque en este caso, no era mía la embarcación.

—¡Me has salvado la vida!

—Un día tu salvaste la mía, ¿te acuerdas?, durante aquella enfermedad. Ahora estamos en paz.

—Fue una época terrible aquella, Antonio.

—Realmente, lo fue.

Ambos suspiraron.

—Recuerdo—continuó el marido—que cada vez que abría los ojos te veía con un vestido distinto, quiero decir las batas de enfermera. Estoy seguro que era la fiebre que me hacía ver las cosas diferentes. Sea como fuere, el caso es que gracias a tus cuidados me curé.

—Hay veces en que pienso que debí haber seguido la carrera de enfermera. Recuerdo que el médico me dijo que tenía aptitudes, vocación para ello.

—Te equivocas, Carolina; ninguna enfermera profesional me hubiera cuidado como lo hiciste tú. Para las profesionales el enfermo no es más que un caso, pero cuando se quiere al enfermo es muy distinto. Tú estabas tan desesperada que ya casi te creías viuda.

—Casi lo estuve...

—¡Casi! Ámate, tienes un marido robusto, con un apetito atroz y un gran cariño por ti.

—Antonio, ahora me acuerdo del



—Será usted mi mamá...



—¿Cree usted que ya po-
dra ser escultora?



—Tome esta sortija; quisiera que la llevara puesta... siempre



—¿No me presentas?



Pol había sacado un carnet y estaba escribiendo notas.



—Esta cabeza es un Remizoff.



—Decídete de una vez.



—Anita, quiero que lleves esta carta a la señorita Elena.



—Gracias, señor, ya be-
daremos más tarde.

—Elena, deseo confiarle
algo...



—Esta bueno este pólo,
querido negro.



—Ya sabes que no soy
variable.



—¡usted ha puesto aquí
esta pólvora!

El inspector del tren la
mira con ojos escrutado-
res.



—Antonio, no podría vivir sin ti...



—Bueno, esperaré a que me sirvan cuando usted y la cocina lo crean conveniente.

paseo en balandro por Montecarlo, y la orquesta tocó la misma canción doce veces: no diez como has dicho antes.

—Celebro que el remoión te haya despertado la memoria. No se debe ser olvidadizo, Carolina, a lo menos de aquellas cosas agradables, cuyo recuerdo nos acompaña toda la vida.

Carolina vio salvada la contestación al aparecer Jenkins, el chofer.

—Señor Mason...

—Hola, Jenkins, ahora nos llevarás a casa.

—Sí, señor...

—Y paga la cuenta por nosotros.

Mason y su mujer se levantaron dispuestos a marcharse.

—Albert, todo ha sido delicioso —dijo Antonio.

—Exquisito, Alber—asintió Carolina.

—Señores Mason, ya saben que me tienen siempre a sus órdenes. —Y haciendo unas reverencias exageradísimas, el gran «maitre» despidió a sus clientes.

—Bueno, amigo —dijo el chofer al camarero—. ¿cuanto debemos?

El timbre del teléfono sonó con fuerza y Albert fué a contestar.

—¿Diga? ¡Ah, sí, señor Martin-gel! No, no, todavía no han comenzado.

EL TREN NO ESPERA

LA íntima amiga de Carolina, aquella Elena que ya no estaba enamorada de Fred, había recibido la carta de la primera dándole instrucciones de lo que debía hacer para ayudarla en su proyectada fuga, y para ultimar el plan se había dirigido a casa de Poi.

El escultor estaba extraordinariamente excitado y no atendía demasiado bien a su visitante.

Tenia un vaso en la mano y bebía constantemente.

—¿Qué es eso que bebe?—preguntó Elena.

—Un tónico nervioso... soy un hombre muy excitable.

—No comprendo por qué está tan preocupado. El equipaje de Ca-

rolina está ya en mi coche. Lo único que tiene que hacer es salir de casa conmigo.

—Y supongamos que Mason las coge.

—¿Esto le apura? Tengo muchos recursos. Poi, le diré que salimos a tomar el té.

—Y Mason, a quien no acabo de comprender, sonreirá amablemente y decidirá acompañarlas.

—Lo sacudiré agregando que luego hemos de ir a casa de la modista... a probar.

—Ya quisiera verme en el tren.

—También yo... y le aconsejo que no beba más de ese veneno. Es posible que contenga opio, y créame, necesita usted toda su lu-

cidez, ¿no le parece? Deme el vaso y se acabo.

Sin esperar a que se lo diera, Elena cogió el vaso y lo dejó encima una mesa.

—Dígame, Pol, ¿cuál es el número de su departamento en el tren?

—Me parece que es el doscientos cincuenta y siete... Sí, sí, éste es.

—¿A qué hora sale y de dónde?

—De West Palm Beach a las ocho.

—Y... Carolina, ¿dónde debe subir?

—En Hobb Sound, a las ocho treinta, la próxima estación.

—Bueno, ahora puede continuar bebiendo esta pocima si le apetece.

No estaba Pol para bebidas. Paseaba a lo largo de su «living room» y miraba fijamente al espejo que había sobre un mueble.

—Elena, deseo confiarle algo.

—¿De qué se trata?

—¿Ve ese puñal? —y Pol cogió en su diestra un arma antigua de filo cortante.

Elena estaba un poco contrariada al tener que aguantar las tonterías de aquel ridículo.

—Si las cosas me salen mal, esto acabará conmigo.

—No le entiendo, Pol.

—Pues es bien claro. No puedo vivir sin Carolina...

—¡Oh!

—No pretendo ocultar mi pasión...

—Pol, quien habla de ciertas cosas...

—Yo no hablo de tal cosa. Fue un mal pensamiento. Le ruego que olvide lo que he dicho.

—No me cuesta olvidar las palabras que no tienen importancia, y estoy segura de que su pasión no tiene tan hondas raíces.

Elena hablaba convencida de que lo que ocurría con su amiga y este infeliz escultor no era más que un capricho que Mason sabría hacer fracasar.

—Elena, creo que es mejor que ahora se marche. Casi son las siete.

—Sí, ya empieza a ser hora y le aconsejo que domine sus nervios. La casa de Mason está muy cerquita. ¿Se ve, verdad?

—¡Sí!

—Bueno, Pol, adiós y a ver cómo salimos todos de este embrullo en que ha sabido meterse mi querida Carolina...

—Habla usted como Mason.

—Es sentido común.

—No la entiendo.

—Poco importa. ¡Adiós!

El matrimonio Mason llegaba a su casa al filo de las siete. Antonio lo comentó en voz alta.

—Las siete, Carolina; hemos vuelto con dos horas de retraso.

—¡Oh, no creas que fuese tan tarde!

—¿Qué importa! No tienes nada que hacer...

—No, no; claro que no.

—Entonces, ¿qué te parece si descansaras un poco antes de la cena?

—Sí, sí, es una buena idea. Antonio: voy a mi «budoira».

—Yo me quedo en la habitación, hasta luego, Carolina.

—¡Adiós, Antonio! Dame un beso.

—¿A qué viene eso?

—Por nada, me despido hasta pronto.

—Vaya, vaya, cualquiera diría que no piensas volver a verme.

Carolina se apoyó contra la pared y se puso a llorar.

—Pero hijita, ¿qué te pasa?

—Nada, nada, Antonio, ¿verdad que me quieres mucho?

—¡Muchísimo! ¡Tiene gracia la pregunta!

—¡Claro que sí, considerando lo poco que yo valgo!

—¿Por qué dices esto, Carolina?

—Soy una mujer odiable, soy horrible.

—No, no; nada de eso. No eres horrible, eres muy bonita, pero no debes llorar porque se te pondrá la nariz colorada y entonces te volverás fea. Mirame ahora. Sonríe otra vez... Ahora échate un rato y descansa. Es la nerviosidad de la caída al agua, nada más. Descansa y cuando bajes a cenar estarás muy guapa.

Se retiró Antonio a su habitación y al momento de cerrar la puerta vió a Elena que entraba en el «budoir» de su mujer. Frunció el ceño el marido, pero para él el juego ya estaba descubierto. Los peones que utilizaba Carolina pronto serían arrollados y el jaque mate no tardaría en producirse.

Carolina estaba llorando todavía cuando su amiga entró en la habitación.

—¡Esas tenemos! ¡Pobre Pol! Buena opinión formará de ti.

—¿Qué estás diciendo?

—¡Oh, nada! Me ha dicho que tu vocación artística es inquebrantable.

Si a alguien se podía aplicar aquello de que «era del último que le hablabas», esto alguien era Carolina.

Acababa de dejar a su marido anegada en lágrimas, reconocía que le quería y ante las palabras de Elena ya sentía de nuevo el halago a su vanidad por una carrera artística que estaba tan lejos de sentir como la de boxeador.

—Por sabe que no debe dudar de mí—dijo Carolina, secando las lágrimas.

—Pues nadie lo diría.

—Elena, me sorprende tu manera de hablar.

—Buena, voy a decirte que no irás.

—¿A decirle qué?

—Que no te marches, ¿no es así?

—Elena, no te comprendo.

—Pues explícate, estoy escuchando.

—No hay nada que explicar... en fin... que es mucho más difícil de lo que había pensado en principio, eso es.

—¿Qué es lo difícil?

—Dejar a Antonio. Una olvida a las personas cuando no les ve, pero cuando se encuentran de nuevo, se recuerdan sus bondades...

—Claro, claro...

—No gastes ironías, y no te imagines nada... pienso marchar, ya sabes que no soy variable.

—¿No?

—No tanto como te imaginas;

Antonio es muy bueno... y siento causarle esta pena, esto es todo.

—Empiezo a comprender.

—¡Elena! ¡Eres insoportable!

—¿Por qué?

—El caso es que... Bueno, Antonio me quiere mucho, pero no me comprende...

—Este es el caso de todas las mujeres cuando...

—Soy muy complicada y por esto quiero separarme. No me arrepiento del paso que he dado.

—Que vas a dar.

—Estoy bien resuelta, pero siento cierto remordimiento. Es muy natural.

—¿Con remordimiento o sin él, te vas o te quedas?

Carolina consultó el reloj.

—Falta mucho todavía. Quiero cambiar de vestido.

—Puedes cambiarte en mi casa. Yo tengo que vestirme para cenar.

—¿Por qué tanta prisa?

—¿Por qué tanta calma? No querrás que Antonio nos coja. Aquí, ¿verdad? O, ¿es esto lo que deseas? En este caso, dilo. ¿Vienes o no vienes? ¡Decidete de una vez!

—He dicho que me voy—dijo Carolina, llorando de nuevo.

—¿Ahora?

—¡Sí!

—Pues cállate y seca esas lágrimas, no puedo soportar una mujer llorando.

—No me trates así, Elena.

—No mereces nada mejor.

Sin hablar una palabra más, Elena salió de la habitación seguida de

Carolina, quien dió una última mirada a la habitación de su marido, temiendo y deseando a la vez que saliera y la privara de marcharse. La puerta permaneció cerrada y las dos amigas pudieron salir tranquilamente sin que nadie las molestara.

EL NUEVO VECINO

CUANDO Mason estuvo seguro de que su esposa había abandonado la casa salió de su habitación y bajó al vestíbulo. Su suegro iba a entrar, pero al darse cuenta de su presencia, regresó al jardín. Fué inútil la coartada porque su yerno le alcanzó al instante.

—¡Hola, Antonio!—dijo el despiestado viejo.

—Quiero hablar con usted.

—¿Conmigo?

—Sí, señor, con el padre de Carolina.

—Tú dirás.

—No, es usted quien lo va a decir. ¿Qué pasa aquí?

—No sé a qué te refieres...

—Yo sospecho lo que están preparando, y creo que usted también.

—¿Qué le vamos a hacer?

—¿No cree usted que debió advertirme lo que ocurría?

—No podía, lo sabía por confidencia.

—No busque subterfugios, no pretenda moralizar...

—No es cuestión de moralizar, Antonio. Si tú tienes todas las cartas en la mano, todavía puedes ganar la partida.

—Sí, pero me hace falta dar con la oportunidad.

—Siempre fuiste oportuno. Aciertas el momento justo.

—No me adule. ¿Qué me aconseja?

—Ni te adulo ni doy consejos. Los dos hombres habían salido de la finta y se dirigían hacia la casa que habitaba Martingel. Realmen-

te, estaba a poca distancia. ¿Cómo se las había compuesto aquel idiota para disponer de una casa tan cercana a la suya? Poco le importaba a Mason esto ahora. El caso era que allí estaba instalado aquel pseudo escultor que había trastornado la cabeza de Carolina. Cosa inexplicable para Mason, pues aunque él no consideraba valer mucho, era completamente distinto de Pol, hombre fatuo, vanidoso... En fin, no hay que fiar de las mujeres.

Un perro «bulldog» se había acercado a ellos y les seguía tranquilamente.

—Recuerdo que hace tiempo sufrió usted una operación, querido suegro. ¿Lo recuerda usted?

—Sí, perfectamente. El apéndice.

—Se equivoca, no le amputaron el apéndice, fue la conciencia lo que le sacaron.

—Pues si fué así, té advierto que no la echo de menos.

—¿Qué cinismo! Usted cree que ha levantado un muro entre usted y el resto del mundo, pero uno de estos días, cuando su hija dé la gran campanada, se dará cuenta de que el mundo y la opinión de las gentes existe y sabe hacerse sentir. Será una sorpresa para usted.

Antonio Mason hablaba muy en serio y sus palabras impresionaron al viejo cínico.

—¿Qué debo hacer ahora?

—No puedo dar consejos y no me merece usted más consideración que este perro.

Mientras tanto en el saloncito de Pol se estaban ultimando los detalles para la marcha.

—Miguel—llamó Pol a su ayuda de cámara—, ¿ocurre algo?

—No, señor, todo está preparado.

—¿Podemos salir ya?

—Señor, podremos salir dentro de cinco minutos.

—Espéremos, si es que es pronto todavía.

—Voy a recoger el diario, señor.

La casa que habitaba Pol estaba rodeada de un jardincito sin verja que conducía al pórtico.

Antonio y su suegro habían llegado hasta casi la puerta y observaban la casa por un lado, cuando vieron salir al criado y que éste dejaba la puerta abierta. Mason saltó ante esta oportunidad.

—¿Está en casa el señor Martingel?—preguntó Antonio.

—No, señor, temo que no.

—¿No?

—No, señor.

—Tiene gracia... ¿Entonces, por qué se le ve mirando a través de la ventana?

—Pues verá, señor, ¿su nombre de usted, señor?

—Mason, Antonio Mason.

—Sí, sí, señor...

—Gracias.

—Le anunciaré, señor.

Antonio no le dió tiempo, cogió el diario que llevaba en la mano, entró en la casa y cerró la puerta.

El criado se quedó perplejo. La rapidez de Mason le había dejado sin movimientos.

—¡Oh!—exclamó el pobre hombre. ¡No estoy dentro, me parece que me he quedado fuera!

Se oyó la voz de Pol que le llamaba.

—¡Miguel! ¡Miguel!

—Su periódico, señor Martingel

—dijo Mason, asomando la cabeza en el salón de su desconcertado rival.

—¡Oh, buenas noches!—contestó mecánicamente el escultor.

—¡Buenas noches! ¿Le sorprende verme por aquí?

Pol había recobrado un poco la serenidad y por otra parte le convenía aparecer tranquilo.

—No, no, claro que no.

—¿Puedo pasar?

—Sí, sí, adelante, por favor.

—Gracias. ¡Bonita habitación!

—¿Le gusta?

—Sí, sí, no está mal.

—Me alegro que le satisfaga.

Sin hacer mucho caso de las con-

testaciones de Martingel, Mason se acercó a la ventana.

—¿Como? ¡Esa es mi casa! Es gracioso verla desde la ventana de un vecino... Es como verse el cogote, ¿verdad? Había olvidado que estábamos tan cerca el uno del otro. Podemos saludarnos sin salir de casa.

—¡Claro, si así lo desparamos!—repuso Pol, meditando cuánto tiempo iba a durar aquella impertinente visita.

—Puede que me equivoque, pero creo que no nos separan un centenar de metros. Haga el cálculo, le suplico.

—¡Doscientos!

—Bien, partamos la diferencia y dejémoslo en ciento cincuenta. ¿Que le parece? Se oye un timbre que suena a impaciencia.

—Sí, es verdad, no sé que le pasa a Miguel. Con su permiso, voy a abrir.

—Está usted en su casa—respondió Mason.

Martingel abrió la puerta y apareció su criado.

—¿Qué haces ahí fuera?

—Ese caballero me dejó aquí.

—¿Estás en tu juicio?

—Sí, aunque un poco mareado y asombrado al ver las cosas que ocurren, señor.

—¿Por qué le dejaste entrar?

—Dispense el señor, no le dejé entrar, saltó dentro.

—¿Qué significa eso de saltar dentro?

—No lo sé, parecía que su cuerpo tomaba aire... no lo puedo explicar...

—¿Sabes quién es?

—¡Oh, sí, señor! Creo que aprovechando lo extraño de la situación ha resuelto escarmentarnos y asustarnos. ¿Quién sabe si piensa darnos una paliza?

—¿Cómo?—preguntó el escultor un poco asustado también.

—Sí, pegarnos, atentar contra usted, atizarle una...

—No conozco bien esa palabra.

—¿Pero cree usted que...?

—¿Qué es lo que debo creer?

—¡Que viene decidido a pegarnos a ambos!—explicó el criado sin más cumplidos ni ceremonias.

—Entonces, será mejor que no te alejes, por si te necesito.

Antonio había permanecido en el salón y se entretenía mirando los muebles sin desatender el coloquio entre amo y criado. Cuando Pol regresó le halló abriendo y cerrando un mueble.

—Es muy cómodo esto. ¿Me estaba usted buscando?

—Siento haberle hecho esperar.

—¡Bah, no se preocupe! Es muy interesante todo lo que tiene por

aquí. Esto también —dijo Antonio, señalando el famoso puñal que poco antes Pol había mostrado a Elena.

—Sí, lo traje de Méjico. Es muy antiguo.

—Me admira un arma así. ¡Lo que podría contar si hablara! Venganzas... celos conjugales... infidelidades femeninas... ¡Ah, hay algo escrito aquí!

—Está en dialecto—dijo Pol rápidamente.

—¿No podría traducírmelo?

—No veo muy bien a distancia, pero poco más o menos dice: «No me emplees si no es para vengar tu honor...»

—¡Ah!

—...y no me envaines hasta después de haberlo vengado».

—Ya comprendo, una variante de... «No me saques sin razón ni me envaines sin honor». Es la leyenda de toda arma blanca. ¡Ah! El revólver es un pobre sustituto de la daga. ¿no le parece? Es tan impersonal utilizar el revólver... En fin, los tiempos cambian y hemos de cambiar con ellos. Me parece que no sabría matar con esa daga.

El escultor no temblaba aún, pero estaba muy molesto.

—¿Puedo fumar?—preguntó Antonio.

—Sí, sí, claro que sí. Tenga uno de éstos, son de clase especial.

—Muchas gracias.

Al ofrecer los cigarrillos a Mason, las manos de Martingel temblaban visiblemente.

—¿Es un terremoto? —dijo Antonio, fingiendo ignorar la nerviosidad de su anfitrión—. ¡Ah, es usted!

—Sí, tengo un temperamento muy nervioso.

—Debe tomar algo para calmarse.

—Sí, sí, ahora mismo.

Pol se dirigió adonde estaba el mismo vaso que había estado usando cuando la visita de Elena y bebió un sorbo.

—¿Se encuentra mejor?

—Sí, sí, mucho mejor, gracias.

—Pues yo... —empezó a decir Antonio.

El criado les interrumpió entrando en la habitación con una escopeta.

—Dispense el señor, pero creo que debe examinarla antes de emprender la cacería. Está cargada.

—Traiga; con permiso. Está usted demasiado nervioso para examinar un arma —dijo Antonio, cogiendo la escopeta.

—¡Miguel! —gritó Pol.

—¿Es preciosa? —exclamó Mason.

—¡Miguel, llévate esta escopeta!

—Me permite, señor —dijo el criado, cogiendo la escopeta de manos de Antonio.

—Desde luego.

—Límpiala bien, Miguel.

—Muy bien, señor.

Salió el criado de la estancia, y Antonio, mirando a su interlocutor de pies a cabeza, empezó a hablar.

—Supongo que debo explicarle mi presencia en esta casa, señor Martingel...

—¡Oh, como usted quiera!

—El caso es que Carolina...

—Señor Mason...

—Déjeme hablar, se lo suplico...

—Es que Carolina es inocente como una paloma...

—¡Claro que sí! Ha ido a tomar el té con su mejor amiga... No hay nada malo en esto, ¿verdad?

—Creo que no —dijo Pol, que ya no sabía dónde se hallaba.

—Lo que yo iba a decirle cuando me interrumpió usted con su amable alusión a su inocencia... era que ella y Elena iban a una reunión de señoras, y como somos vecinos, pensé hacerle una visita y pedirle que me invitara a una copa de whisky.

—¡Ah, sí! —respiró el infeliz Pol.

—¡Esto es!

—¿Whisky con soda?

—Sí, gracias. Pero, ¿no toma usted otro?

—No, no, a esta hora no me apetece.

La situación era insostenible para

el escultor, que ni a mirar el reloj se atrevía, pero estaba seguro de que tenía el tiempo muy justo para tomar el tren.

—¡Es una lástima, porque está delicioso!—dijo Mason, saboreando la bebida.

Pol no sabía cómo decirlo, pero era necesario tomar una determinación, y ésta rápidamente.

—Oiga Mason, estoy nervioso y temo parecer poco amable, pero tengo que salir.

—¿Ahora?

—Sí, dentro de un momento.

—Entonces no le retengo ni un minuto más. Recuerdo que me dijo que estaba invitado esta noche.

—Sí, le ruego que me dispense.

En el fondo del pasillo apareció el criado con unas maletas.

—¿Se va usted de viaje?—preguntó el imperturbable Antonio.

—Sí, he de marchar de preciso... y el tren no espera.

—Debió habérmelo dicho. Yo charlando y exponiéndole a usted a perder el tren.

—No se preocupe, salgo inmediatamente.

—Lo llevo a la estación en mi coche, Martingel.

—No lo puedo consentir.

—¿Cómo se llama su criado?

—Miguel, ¿por qué?

—Miguel! ¡Miguel! Acompañó al señor Martingel a la estación. Ponga el equipaje en mi coche. ¡Ah, un momento!

Antonio daba órdenes como si estuviera en su casa, y el criado le obedecía como un autómatas.

—¿Va usted a la estación de West Palm Beach?—preguntó a Pol.

—Sí.

—¿Se dirige a Jacksonville?

—Sí, ¿por qué?

—¿Por qué no sale de la estación de Hobe Sound? Es un bonito paseo en coche y podemos seguir charlando...

—Yo no creo...—decía Pol, sin saber cómo proseguir. Estaba en manos de su rival.

—Por mí no se preocupe, no cenamos hasta más tarde. Me gusta tomar el aire.

—Pero es que no quiero que se moleste.

—Martingel, ¿le espera alguien en la estación?—preguntó Mason muy serio.

—No, bueno, no exactamente.

—Pues entonces...

—Espero un paquete que he de llevar a West Palm Beach.

—El mozo del tren se encargará de esto.

—Es algo muy importante.

—Son hombres de toda confian-

za—insistía Antonio, dispuesto a allanar todos los obstáculos que pudieran presentarse.

—Pero, es que no puedo consentir que se moleste usted tanto.

—Me encanta servir a los amigos.

—Es usted muy amable.

—Nada de eso...

El criado apareció de nuevo.

—¿Me llevo todo esto y nos vamos todos a la estación de Hobe Sound, señor?

—Sí, sí; desde luego—contestó Pol, dándose por vencido.

—En este caso puedo acabar mi whisky con toda calma.

Pol buscó un pretexto para salir al corredor y hablar con su criado.

—Ahora no nos toca más remedio que dejar escapar el tren—dijo Miguel—, es la única solución.

—¿Va bien el reloj?—preguntó Pol.

—Cinco minutos adelantado.

Cambiadas estas impresiones con Miguel, Pol regresó adonde estaba Antonio.

—Yo también llevo el reloj adelantado—dijo el visitante.

Pol no pudo evitar un movimiento de contrariedad. ¡Con qué gusto le hubiera dado un puntapié! El escultor decidió prepararse algo para

beber. Antonio permanecía sentado tranquilamente en el sofá.

—¿No le parece que es hora de marcharnos a la estación, Martingel?

—No creo que sea tan urgente. Ya que el reloj está adelantado, voy a prepararme una bebida.

—A propósito, Martingel; si usted se marcha ahora, mañana no podremos almorzar juntos.

—Es verdad y lo lamento, pero las cosas se han precipitado. He recibido un cable de mi madre desde California...

—¿Supongo que no se trata de nada grave?

—No, no, no; sólo desea verme.

—Es muy natural esto en una madre. ¿Sabe Carolina que usted se marcha?

—Creo que no.

—Lo sentirá mucho.

—La sorprenderá, querrá usted decir.

—Le daré sus excusas, ¿quiere?

—Muy agradecido.

—Se hará cargo en seguida.

—Así lo espero.

—¿Cree que debemos irnos, Martingel?

—Puede tomar otro whisky, tenemos tiempo.

—Bueno, si usted está tranqui-

lo... personalmente el tren que co-
jo es el que sigue al que pensaba
tomar.

—Sí, hay personas que detestan
la espera en el andén.

—Martingel, yo soy de esos.

La calma súbita de Martingel no
había desconcertado a Mason, quien
se dió cuenta perfectamente de lo
que ahora planeaba el escultor. Este
se sentó frente de Antonio y conti-
nuaron hablando.

UNA OBRA DE ARTE

ENTRE las figuras que decoraban el salón de Pol Martingel, había una que estaba llamando la atención a Mason.

—Es bonita—dijo—, ¿me permite admirarla?

—Sí, no faltaría más.

—Es deliciosa.

—¿Lo cree usted así, Mason?

—Indudablemente. Tiene mucha vida en la línea. No veo la firma, ¿de quién es?

—Mía.

—Usted bromea.

—Puede creerme.

—¡Vaya, vaya!

—Sí, claro, sólo soy un pobre aficionado. Hago estas cosas por pasatiempo.

—No, no, no es de aficionado es-

to. Entendemos mucho de escultura en casa y sabemos lo que vale una cosa así.

—Agradezco sus palabras, Mason.

—Sí, sí, créame; pero ya es hora de marcharnos.

Otra escultura se presentó a los ojos de Mason.

—¡Caramba! ¡Es magnífico!

—¿Le gusta?

—Sí, me gusta.... Dígame, ¿representa a alguien en particular?

—¿No la reconoce?

—¿Cómo? ¿Es alguien que conozco?

—Sí, es Carolina.

—¿Mi Carolina? ¿Quién iba a reconocerla?

—¿No cree que se le parece?

Nunca dos personas ven a otra de la misma manera, ¿verdad?

Mason daba vueltas a la escultura.

—¿Pero, por qué ese casco? Carolina no lleva casco.

—Esto es símbolo: valor, espíritu guerrero...

—¡Ah sí, sí, sí! Pero, ¿por qué ese ojo cerrado?

—Porque Carolina sólo ve lo bello de la vida. Está ciega a todo lo que es feo y desagradable. Verá usted, no pretendí tanto al parecido físico, como a su espíritu, esculpi la mente de Carolina.

El marido escuchaba aquella plática con mucha atención.

—¿Esto es la mente de Carolina? Pues yo sólo veo una tuerca. ¿Ella se ha visto?

—Sí.

—Y, ¿qué opina?

—A Carolina le gustó mucho.

—¿Se ve ella tal como la ve usted?

—Creo que sí.

—Yo creo que debemos marcharnos; si es esa la hora que marca el reloj, tendremos que correr como locos para alcanzar el tren en Hobe Sound.

—Sí, tiene usted razón, es mejor marcharnos.

Cuando Mason y su amigo salían de la casa de este último, en el an-

dén de la estación de Hobe Sound, Elena despedía a Carolina.

—Vamos, pareces una niña de cinco años; no llores más y escríbeme todas tus aventuras.

—Y tú, dame noticias de mi Antonio.

Todavía Mason no había jugado la última partida a Pol. Cuando estuvieron a punto de subir en el coche, vaciló y dijo:

—Martingel, no me es posible ir con usted hasta Hobe Sound, porque tardaría en regresar y sentiría que Carolina me estuviera esperando. Lo siento mucho, pero tendrá que ir solo. Jenkins le llevará.

—No se preocupe, iré solo.

—Jenkins, lleva al señor Martingel a Hobe Sound. Es indispensable que alcance el tren.

—Sí, señor.

—Bueno, amigo, buen viaje, y espero que halle bien a su madre.

—Gracias, Mason; adiós.

—¡Adiós, hasta muy pronto!

El tren penetró en la estación de Hobe Sound a toda marcha y frenó lentamente.

—¡Adiós, Carolina!

—¡Adiós!—contestó llorando la fugitiva.

—¿Qué sucede ahora?

—Elena, cuando pienso en mi Antonio esperándome solo en casa,

pero si pienso en Pol que ya va en este tren...

—Cuando yo pienso en mí, invitada a cenar donde no sé a qué hora llegaré, esperando que tú sepas lo que quieres...

—No se trata de saber lo que quiero. He tomado ya una resolución.

—Y ahora tienes que sostenerla. ¡Sube, marcha; buen viaje!

—¡Adiós, Elena!

El inspector del tren miró a Carolina con ojos escrutadores, y la acompañó al departamento cuyo número ella pidió, donde no había nadie esperándola.

* * *

En el comedor de los Mason, con la mesa dispuesta para tres, había un sólo comensal. Este era el suegro.

—¿Walter, se decide usted a servirme la cena?

—El cocinero no ha terminado hasta ahora, le había dicho que tenía palabra de honor de que los señores no estarían a cenar en casa.

—Bueno, esperaré a que me sirvan cuando usted y la cocina lo crean conveniente.

Habían transcurrido más de dos horas desde que Carolina subiera en el tren.

Un ruido en el vestíbulo atrajo

allí a Walter. Era Carolina que subía al piso superior, y sin darse cuenta le había caído una polvera de bolsillo. La recogió el mayordomo y se dirigió hacia la mesa donde estaba Bliss.

—Era la señorita, señor.

—¡Ah! ¿Sí?

—Dispense, señor; aquí está Jenkins esperando órdenes.

—Hágale pasar.

—¿Aquí, señor?

—Sí, aquí, ahora podré saber lo que ha pasado.

Entró el chofer de Mason y se dirigió sonriente adonde estaba Bliss. Éste le ofreció una copa de champagne.

—Gracias, señor, ya brindaremos más tarde, ahora prefiero cenar. Todo ha salido como se deseaba. ¡Hemos perdido el tren!

Antonio Mason habría creído conveniente continuar el paseo por el jardín que había iniciado mucho antes con su suegro. Cuando vio llegar a Jenkins con su coche y depositar a Pol de nuevo en su casa, comprendió que todo había marchado a pedir de boca.

Se sentó en un banco del jardín, y aquel perro que les había seguido antes estaba frente a él.

—¡Hola, amigo! ¿Eres muy feo, verdad? Dicen que tienes la nariz chata para que puedas sujetar a tu

enemigo y respirar a un tiempo. ¿No es así? Pero me alegro que seas amigo mío, y yo estoy orgulloso de tenerte por tal. No sé cómo te llamas, pero yo te llamaré Winston.

Pol había llegado a su casa extenuado.

—¿Qué me traes aquí?—gritó al pobre Miguel.

—Emparedados, señor. Pensé que necesitaría un fente en pie.

—¡No quiero nada!

—No ha cenado usted todavía, y si me permite advertirle, probablemente tendrá que celebrar alguna entrevista molesta antes de amanecer. Creo conveniente que repare sus fuerzas.

Antonio había elegido un punto de observación desde donde podía ver perfectamente todo lo que ocurría en el saloncito de Pol.

—Confío en que no se comerá todos los emparedados. Tengo hambre y supongo que tú también, Winston. Aunque habrás mordido a mi padre político... hablando del diablo...

Unos pasos habían llamado la atención de Mason y al volver la cabeza vió que quien se acercaba era su suegro.

—¿Quieres otro trozo de tu enemigo, perro amigo?

—Sujeta ese perro, Antonio. Tengo noticias para ti.

—¿Cómo sabía usted que yo estaba aquí?

—Soy un buen perdiguero. ¿Quieres sujetar a esa fiera?

—No hará nada si usted no le hostiga. Vamos, «Winston», quieto. ¿Qué te trae por aquí?

—Soy la caperucita roja.

—¿Cómo dice?

—Te traigo un pollo y una botella de vino para reanimarte mientras montas la guardia. A ver quién de tus nobles amigos haría otro tanto por ti. ¿Espías para descubrir algo?

—Dispense, pero se equivoca. Sólo se espía cuando se sabe lo que va a pasar.

—Entonces, ¿qué estás haciendo aquí?

—Espero ver por dónde salta la liebre dispuesto a darte mi ayuda.

—¿Sí? Pues tendrás que esperar mucho. Carolina está arriba llorando desconsolada y tú deberías estar a su lado consolándola.

—Por el hecho de haberse marchado, ¿eh? Entonces, ¿ha 'regresado'?

—Sí, toma, aquí tienes esta polvora que se le ha caído al entrar en casa.

—¿Hace mucho?

—Una media hora.

—Entonces vendrá aquí de un momento a otro. Se oyen pasos. Si-

fencio. Que no nos vea. Ya está aquí.

Tal como había anunciado su marido, allí iba Carolina dirigiéndose rápidamente hacia casa de Pol.

—Antonio—dijo su suegro—, no tengo costumbre de hacer preguntas, pero ¿podrías decirme qué es lo que va a pasar ahora?

—Pues usted verá, tocará el timbre... y

—Ya comprendo, el criado abrirá la puerta. Esto se me podía haber ocurrido.

—Está usted equivocado. El criado no abrirá.

Miguel se acercó a la puerta, miró por la rendija.

—Dispense, señora.

—¿Por qué tantas precauciones? ¿Se ha vuelto usted loco?

—No, señora; pero pasan cosas muy extrañas en esta puerta desde esta tarde. Lo siento, señora.

—¿Dónde está su señor? ¿Ha muerto?

—No, señora, no señora; está en la salita del bar—contestó muy confuso el desventurado Miguel, a quien las aventuras de su amo tralan loco y muerto de miedo.

Las palabras de Carolina y el criado habían llegado admirablemente claras hasta donde estaban espionando Mason y su suegro.

—¿Por qué pregunta mi hija si Pol ha muerto?

—Por la sencilla razón de que el hombre que logra convencer a una mujer de que abandone su hogar y aquélla no le halla en el tren donde ha prometido reunirse con ella, es que ha muerto sin poder cumplir su palabra. En estos casos no hay otra explicación posible. Ahora oiremos lo que va a decirle Carolina y seguramente tendrá gracia...

Mason, completamente dueño de sus nervios, se dispuso a escuchar la pelea entre aquellos dos seres que sin mayor malicia se habían dispuesto a truncar su vida.

Carolina entró como un huracán en la salita de Pol y le halló como miendo emparedados muy sosogado. Al ver entrar a la dama se levantó y corrió hacia ella. Carolina le detuvo con una simple mirada de desdén.

—¡Carolina!

—¡Entonces es verdad!

—¿Qué es lo que es verdad?

—¿Que vive usted!

—¡Claro que estoy vivo!

—¡Pues ahora voy a decirle qué opinión he formado de usted!

El aspecto de la mujer desairada no era tranquilizador.

—Por favor, Carolina, déjeme explicar...

—No tiene que contarme nada. Cuando un hombre logra convencer a una mujer de que abandone su hogar y aquélla no le halla en el tren donde ha prometido reunirse con ella, es que ha muerto sin poder cumplir su palabra. En estos casos no hay otra explicación posible.

El viejo Bliss, que acababa de oír las mismas palabras que momentos antes pronunciara su yerno, estaba pasmado. Antonio reía interiormente.

—Fijese, querido suegro, ahora Martingel dice a Carolina: «Déjeme explicarle». Ella le dice que no quiere oírle, que no hay nada que explicar, desde el momento en que no está muerto. Vea, ahora él empieza a escribir en ese dichoso carnet de notas que lleva siempre en el bolsillo.

—¡Ay... qué bronca!—exclamó Bliss—. Veo que tenías razón, Antonio.

—Observemos y no perdamos detalle.

Carolina seguía hablando y gesticulando. De repente echó mano del carnet de Pol.

—¿Qué significa esto de estar escribiendo mientras yo hablo? Es usted muy incorrecto. ¿Qué dice aquí? «Su marido ha venido». ¿Qué quiere decir esto?

—Pues lo que dice, que su marido ha venido aquí.

—¿Qué quería?

—No lo sé.

—¿Qué intentaría?

—Ha venido de visita, y al saber que yo debía marchar, ha insistido en acompañarme en su coche hasta la estación de Hobe Sound, después de haber hecho todo lo posible para entretenerme y lograr que primero se me escapara el tren en West Palm Beach.

Antonio seguía la conversación palabra por palabra, tal vez más por los gestos que por las mismas palabras.

—Ahora le cuenta a Carolina que ha perdido el tren, que yo he estado entreteniéndole, se disculpa, fué inevitable, y le pregunta a ella qué ocurrió.

No andaba muy equivocado Antonio, y al ver que Carolina tomaba la palabra, supuso que ahora sabría lo que le había ocurrido a ella.

—La contaré lo que ha pasado, Pol, pero le suplico que no coma más emparedados, me pone nerviosa.

—Piense usted que no he cenado, Carolina.

—¡Yo tampoco!

—¡Pobre Carolina! ¡Tome un emparedado, se lo ruego!

—No quiero comer nada. ¿Dónde estábamos?

—Me iba usted a contar lo que le pasó.

—Sí... Pues subí al tren, me acomodé en mi departamento, retoqué mi cara... y esperé... a usted. En vista de que no aparecía, fui a su departamento. No estaba usted allí y su equipaje tampoco. Entonces empecé a preocuparme...

Antonio no podía contener la risa.

—Suegro, ¿entiende lo que explica mi mujer? Pues que recorrió todo el tren y no le encontró. Se puso muy nerviosa. Perdió la cabeza. Anduvo arriba y abajo mirándolo todo, abrió portezuelas, descorrió cortinillas, la gente se extrañó, protestaban y reían, no comprendían qué es lo que le pasaba a tan elegante viajera.

Los del bar discutían más acaloradamente.

—No me explico por qué se enfada ahora Carolina—comentó Antonio.

—Hice el ridículo con todas las de la ley—exclamaba Carolina—, jamás me he visto tan azorada.

—Y... ¿qué pasó después?—preguntó Pol.

—Pues cuando me convencí de que usted no estaba en el tren me apeé en la estación siguiente. No

podía hacer otra cosa. Bajo del tren y... ¿a quién dirá que encontré?

—¿A su marido!

—¡Pol, es usted una calamidad! ¿Cómo iba a estar allí mi marido? ¿Qué podía hacer allí?

—No lo sé, pero parece que siempre está donde no le esperan. Bien, ¿a quién encontró?

—A Tommy Newton... esperaba a un amigo.

—¿Qué le dijo?

—Me saludó y me dijo: «¿Es la señora Mason?»

—Y usted contestó: no.

—¿Cómo podía decirle que no, si me estaba hablando? Le dije que había ido hasta allí a acompañar a una amiga que continuaba el viaje.

—¡Muy bien dicho! ¿Tiene usted una cabeza privilegiada?

—Buena falta me hace.

Bliss tocó el codo de su yerno.

—¿De qué habían ahora?

Antonio estaba comiendo una patita del pollo que su suegro le había traído. También él tenía apetito y no era caso de morir de hambre por las sandeces de Pol y su mujer.

—Ahora mi mujer le cuenta que fué a casa, detalles sin importancia. Está bueno este pollo, querido suegro.

Pol se puso en pie y gesticulando dramáticamente preguntó:

—Carolina, ¿por qué fué a su ca-

sa? ¿Por qué no vino aquí inmediatamente?

—Porque... ¡Ah!, tengo la garganta seca de tanto hablar!

—Venga, beba algo.

Ambos se dirigieron al bar.

—Antonio — dijo Bliss —, ahora quiere hacerla beber, yo no consentiría esto en su lugar.

—No tema. Vea.

Pol ofreció un vaso con algo oscuro a Carolina y ella lo rechazaba.

—No, agua sola, nunca bebo.

—Le conviene algo para sosegarla.

—No crea que esté demasiado nerviosa...

—¡Pobre Carolina!

—Fui a casa y cambié de vestido, me senté en mi tocador y pensé esperar a que viniera Antonio. Pasó un buen rato y como vi que no venía comencé a pensar en si habría pasado algo grave. De repente me di cuenta de todo. Se iluminó mi imaginación. Comprendí que Antonio estaba celoso, que habría venido a su casa y le habría matado. Esta idea me hizo tomar una decisión rápida. Venir aquí y aclararlo todo. Llego y, ¿qué es lo que hallo? ¡A usted cómodamente sentado comiendo bocadillos!

El tono irónico de la ofendida molestaba a Pol, pero no tenía argumentos con que defenderse.

—No sabe cuánto lo siento, Carolina; pero ahora que le he contado todo, ya ve que la culpa no fué mía. ¿Lo comprende, verdad?

—¡Supongo que sí!

—¡Qué buena es usted!

—Bueno, pero ahora que ya se han dado todas las explicaciones, ¿qué vamos a hacer?

—Carolina, mañana será otro día.

—¿Mañana?

—Ahora ya es muy tarde.

—Muy bien, pues yo me volveré a casa, entraré y diré: ¡Hola, Antonio! Siento haberme retrasado tanto, me retiraré a mis habitaciones, apagaré las luces y a dormir.

—No, no, de ninguna manera debe usted hacer esto. Usted ya no regresa a su hogar. Ahora se queda aquí...

Carolina frunció el ceño.

—¡Ah, no tema usted nada! Se queda aquí y yo me voy a dormir al hotel. Soy un perfecto caballero. Fie en mi palabra.

Una sonrisita irónica se dibujó en los labios de Carolina.

LA MARIPOSA NO QUERIA QUEMARSE LAS ALAS

LOS dos observadores del jardín seguían en su puesto. El derrotero que seguía la conversación hizo que Antonio dejara de sonreír. No esperaba que tomara el giro que ahora parecía imprimir Pól en la aventura que tan mal parado le había dejado ante los ojos de la dama.

—Esto ya empieza a molestarme—observó Mason a su acompañante.

—Estoy de acuerdo contigo, Antonio. Conoces a Carolina mejor que si fuera una mariposa bajo tu microscopio.

—¡Sí!—contestó el marido secamente.

—¿Que te pasa?

—¿Cree usted realmente que co-

nozco tan bien a mi mujer, o que soy un pobre imbécil vanidoso que nada sabe de su corazón?

—¡Hombre!

—¿Si quiere marcharse con ese tipo, por qué no dejarla?

—¿Eh? ¿Qué estás diciendo?

—Sí, conozco a la mariposa cuando está bajo mi microscopio, pero, ¿conozco sus aspiraciones, sus afanes, sus penas, los sueños de esa pobre criatura en sus vuelos por el jardín? ¡Bah, es mejor que me vaya a casa!

—Espera un poco, Antonio. Creo que por una vez voy a romper la tradición y te daré un consejo.

—¡Está bien, viejo cínico, le escucharé!

Antonio tenía las manos en los

bolillos del pantalón y miraba cara a cara a su suegro. En el fondo le despreciaba; pero era el padre de su mujer, de esa criatura que por un capricho de niña mimada estaba amenazando la felicidad de ambos.

—Antonio, hace tanto tiempo que no doy consejos, que he perdido un poco la práctica, pero creo que es un disparate que la abandones a su suerte en esta forma, sin lucha. Carolina te necesita, créeme. Es buena y está enamorada de ti.

—¿Usted cree esto?

—Sí, no hagas caso de todas esas tonterías. Finalmente tu eres su marido, y si también la quieres, debes hacer lo posible por reconquistarla... a no ser que ya no la quieras.

El suegro parecía otro mientras hablaba, y su yerno se quedó mirándole fríamente.

—¿Por qué me miras así, Antonio?

—Estaba pensando en que tal vez fué verdad que le quitaban el apéndice.

—No bromes en estos momentos, Antonio; te lo suplico.

—¡Está bien, está bien!

—¿Ahora, cuál es tu plan de ataque?

—Voy a darle una oportunidad para sincerarse.

—Suponte que no lo hacen.

—Creo que lo conseguiré—dijo Antonio, resuelto y andando en dirección a la casa del escultor.

Bliss y el perro quedaron solos. Este se acercó al anciano y le lamó la mano.

—¡Ah, viejo chucho, veo que has variado de opinión respecto a mí! Quedaremos aquí esperando ver cómo se desarrollan los acontecimientos.

No tardó Antonio un minuto en colocarse en el pórtico de la casa del escultor y llamar.

Apareció Miguel a la puerta, y al ver a Mason abrió los ojos desmesuradamente.

—¿Está el señor Martingel en casa?

—¿Por qué me lo pregunta? Lo sabe usted mejor que yo, señor.

—Pregúntele si puede recibirme. ¿A qué viene esta cara de sorpresa? ¿No es corriente lo que estoy haciendo?

—Creo que sí, señor; pero su proceder conmigo esta tarde, no ha sido de lo más corriente.

—Perdóneme.

—Encantado de poder servirle, señor.

—¿Está cerrada la puerta?

—Sí, está cerrada; pero cuando anda usted por aquí, señor, nunca sé si estoy dentro o fuera de la casa.

Espere un momentito que voy a consultar con el señor.

Se retiró Miguel después de haber sostenido el anterior diálogo a través de la rejilla, para explicar a su amo la naturaleza del visitante que le esperaba.

Sin hacer muchos cumplidos, el criado entró en la salita y se dirigió a Carolina.

—Su marido está en el pórtico.

—No debe hallarme aquí—exclamó Carolina.

—Venga, Carolina—dijo Pol—, y tú, Miguel, haz pasar al señor Mason.

—¿No sabe que estoy aquí?

—Es posible que lo ignore. Aquí, escóndase—y Pol abrió una puerta que daba a una habitación oscura.

Carolina retrocedió instintivamente.

—Escóndase sin recelo aquí, es la biblioteca.

—¡Ah! ¿Qué debe querer Antonio?

—No lo sé, pero ahora no es el momento de conversar. Por favor, enciérrase en la biblioteca.

—Ya estoy bien aquí, no puede verme—insistió Carolina, quedando en un rincón protector del bar.

—¡Cállese!—dijo Pol en voz baja al ver entrar a Mason, y dirigiéndose

a éste con bastante calma, le saludó cordialmente.

—¡Buenas noches!—dijo Antonio.

—¡Hola, Mason; me alegra verle de nuevo por aquí!

—¡Bienvenido!

Pol había arreglado una bebida y se adelantaba para darle a su visitante.

—¡Jenkins me ha dicho que había perdido el tren y vengo a pedirle excusas, supongo que no me culpará a mí?

—No, no; el reloj estaba atrasado.

—¡Son un fastidio esos relojes! ¿Va puntual ahora?

—Sí.

—Pues será conveniente que arregle el mío también.

—Le ruego que acepte esta bebida.

—Gracias, Martingel; crea que le necesito. He pasado una tarde malísima.

—¿De veras?

—Sí, a causa de Carolina.

Ésta escuchaba ansiosa las palabras de su marido.

—No ha regresado a casa. He telefonado a todas partes donde creía que pudo haber ido, pero nadie la ha visto, ni a ella ni a Elena. Estoy

tan preocupado que por esto me he decidido a venir y preguntarle...

—¿Si yo sabía dónde estaba?

—No, no; ya sé que usted no lo sabe. ¿No la ha visto desde este mediodía, ¿verdad, Martingel?

—No, no—tartamudeó el escultor.

—Por lo que yo he venido aquí es por otra cosa. Es un poco difícil de construir la frase, de hallar las palabras con que expresar lo que siento.

—Diga, diga.

—Me preocupa Carolina. Estuyo muy extraña todo el día, como si algo la atormentara... y creo que sé de lo que se trata.

Martingel había palidecido al oír las últimas palabras de Mason.

—¿Se trata de un hombre?

—¿Cree usted? —interrogó Pol, asustado.

—¡Sí! Por esto he venido a verle. Hay un ser que le ha inculcado que puede ser escultor... ¿Le conoce usted?

—No, no creo—dijo en voz apenas perceptible el galán fracasado.

—¿Está usted seguro de ello?

—Sí, sí, seguro—dijo sin casi alentar.

—Verá usted, no es necesario acusarla a ella... ni a él.

—¿A qué se refiere?

—Vamos a ver, ¿qué opinión tiene usted de Carolina?

—Mason, su pregunta es difícil de contestar.

—No lo es. ¿Ve en ella a una artista?

—Tengo un elevado concepto de su esposa..., creo que tiene un talento excepcional.

—También lo creo yo así, y considero que es una suerte tenerla por esposa.

Los dos hombres hablaban apoyados al bar. Mason conservaba el dominio abosuto de sus nervios. Pol estaba perdiendo terreno rápidamente. Carolina, desde su escondrijo, variaba de opinión a cada palabra que oía. Antonio vestía un elegante «smoking» blanco, en cuyo ojal lucía una flor. Daba la sensación de un hombre feliz. Pol, con su batin de andar por casa, se sentía en un plano de inferioridad ante su rival.

La charla seguía en tono amable.

—Cree usted, Martingel, que si yo creyera en esa vocación de mi mujer, ¿me opondría a ella? No, de ninguna manera.

—¿De veras que no?

—¡Claro que no!—contestó resuelto Mason.

—Pues, entonces...

Mason había dejado la polvera de

Carolina sobre el mostrador del bar sin que Pol se diera cuenta. Al cabo de un rato el escultor la halló, y no pudo reprimir un gesto de sorpresa y contrariedad.

—¿Es curioso esto! La ha puesto usted aquí esta polvera, lo sé, está enterado de todo, ¿Por qué ha venido de nuevo a importunarme? Todo el día ha estado jugando con nosotros. Cuando vino esta tarde... pretendiendo que venía a visitarme, no tuvo otro objeto que hacerme perder el tren. Retrasó el reloj para ello... ¿Por qué no habló claramente desde un principio?

—¿Por qué no lo hizo usted?— preguntó Mason a su vez con un semblante que hizo temblar a Pol.

Carolina ya no pudo resistir más, y saliendo de su escondrijo, se dirigió a su marido.

—¡Carolina! — exclamó aquél, fingiendo sorpresa y espanto— ¿Qué es lo que haces en esta casa?

—Lo sabes perfectamente. Tú sabes que yo estaba aquí.

—Sí, creo que debo decir la verdad—asintió Antonio.

—Sabes todo lo que ha ocurrido hoy, lo has sabido desde un principio—decía Carolina, excitada—. Me dejaste subir al tren y luego viniste aquí a impedir que Pol pudiera llegar a tiempo.

—¡Sí!

—Y él perdió el tren... y otras muchas cosas...

—¿Qué otras cosas, Carolina?

Ella estaba fuera de sí y hablaba sin medir las palabras.

—Has fingido que estabas enamorado de mí..., esto formaba parte de tu plan.

—No, estás equivocada en eso.

—Y yo, tonta de mí, me lo había creído..., no quería marcharme..., no quería marcharme.

—¿De verdad?—preguntó Pol.

—Sí, no quería... por causa de él. Cuando me di cuenta de que usted no estaba en el tren, me alegré, pensé, ahora volveré a Antonio. Creía en su cariño... y eso me hizo ver que le quería más que al arte... y ahora resulta que no quiero a ninguno de los dos, los odio, odio a las artes y a todo el mundo.

Después de este impresionante discurso, Carolina salió rápida hacia el recibimiento, y tropezando, cayó al suelo.

La ira de Carolina animó a su marido.

—Si vieras lo fea que estás tan indignada—dijo, y salió tras ella, a tiempo para recogerla del suelo.

—¿Qué has hecho, querida?

—Ya puedes verlo, me he caído.

—¿Te has hecho daño?

—Sí.

—¿Dónde?

—No me hagas preguntas; ya te he dicho que te odio.

—Bueno, aunque me odies debes dejarme que te ayude. Ven, siéntate en esta butaca.

—¡Vete!

A pesar de sus protestas, Carolina consintió que su marido la ayudara a levantarse y que la sentara en el butacón.

—¡Vete, te odio!

—Carolina, no me gusta esta palabra! No te consiento que la repitas.

—¿Crees tú que está bien jugar conmigo, con mis sentimientos, como si fuera una chiquilla?

—Perdona, pero era el único medio... el único para que tú misma entraras en razón.

—¡Antonio, no me exasperes otra vez!

El marido se hallaba semi-arrodillado junto a la butaca donde descansaba Carolina, habiendo olvidado en absoluto uno y otro que todavía estaban en casa de Pol. Éste, apoyado en el mostrador del bar, procuraba no escucharles y preparaba una bebida.

—A veces conviene estudiar una lección que sea un poco dura...

—Tal vez tengas razón, Anto-

nio... debo tener la cabeza vacía— dijo Carolina llorando.

—No es esto, toma mi pañuelo, pero es que temí perderte y tuve que maniobrar rápidamente.

—¿Crees que hay algo en mi cabeza? ¿No soy una muñeca de serén?

—¡Claro que no! Vamos a casa. Se levantó Carolina, y cuando se disponían a salir, Antonio hizo como si quisiera decir algo.

—¿Qué te pasa?—preguntó su mujer.

—Se me olvidaba algo.

Se dirigió al mostrador del bar, donde estaba Pol y acababa de llegar Miguel. Mason cogió la polvera de su esposa que había quedado allí cuando Pol había indignado.

—Siento molestarle de nuevo, Martingel, pero, ¿sería tan amable que me dejara llevar esa escultura que dice usted que es Carolina?

—¡Naturalmente!—contestó Pol, quitándose un peso de encima.

—¡Buenas noches!

Pol no pudo contestar. Cuando quedó solo con su criado pareció que recobraba algo de vida.

—¿Qué me decías, Miguel?

—Iba a proponerle al señor que me permitiera servirle una bebida, sería lo más indicado.

—Siempre tan oportuno, Miguel. Dame un whisky, solo.

—El señor bien se lo merece.

—Sí, Miguel, con pocas jornadas como la de hoy, acaban con uno.

—No quisiera entrometerme, señor, pero con tantas mujeres solteras como andan por ahí..., los maridos siempre suelen ser molestos. El whisky, señor, ¿Le preparo otro?

—Sí.

Mientras cruzaban el jardín para

regresar a su casa, Carolina dijo a su marido:

—Qué extraño capricho has tenido de pedirle esa figura. ¿Dónde vamos a ponerla?

—Confío en que algún día podremos arrojarla al fondo del mar; pero, por si acaso, de momento prefiero guardarla.

—¿Por si acaso, qué?

—Repito que por si acaso...

EPILOGO

HAN transcurrido dos años de los acontecimientos que acabamos de narrar. Antonio, desde entonces, es feliz con su mujer, y ésta no ha vuelto a hablar de arte ni de escultura.

Pol desahulló aquella casa tan cercana a la de los Mason, y se trasladó a Santa Bárbara junto con su madre, de quien decía que era la única mujer en quien podía confiar.

La reacción de Carolina fué completa, y llegó un día en que pudo reírse a gusto de sus propias ridículas, y se vió capaz de acompañar a su marido en un viaje en avión

para arrojar al mar aquella absurda escultura que Pol dijo un día que era la representación de su espíritu.

El matrimonio Mason se hallan en el restaurante del aeródromo donde hemos visto llegar primero al marido y al chofer llevando la famosa obra de arte que va a correr la suerte de los Vikings, esto es, ser enterrada en la profundidad del mar.

—Carolina, como que el «si acaso» ya no existe, hoy echaremos la escultura al agua.

—Soy feliz como nunca contigo, Antonio... No podría vivir sin ti.

—Yo también te quiero mucho,

Carolina. Bill — dijo Antonio, llamando al chofer—, ha llegado el momento de emprender el viaje. ¡Vamos al hangar!

—¡A sus órdenes, señor!

Cuando la avioneta de Mason vo-

lava a una respetable altura, se sorprendió de ella algo que parecía un terrón de azúcar. Era la famosa estatua que un día esculpiera un necio y que ahora desaparecía para siempre.

F I N

Pida el nuevo

CATALOGO GENERAL de Editorial Alas

que contiene las últimas novedades de las famosas colecciones:

BIBLIOTECA CINE NACIONAL

EDICIONES BIBLIOTECN FILMS

CELEBRIDADES DEL CANCIONERO

-:- NUESTRO TEATRO -:-

y otras muchas publicaciones de gran éxito

Lo remite gratis **Editorial Alas - Apartado 707 - Barcelona**

Los más célebres artistas

Las grandes producciones

La mejor literatura

siempre en



BIBLIOTECA CINE NACIONAL

2 ptas.

La última falla Miguel Ligeró
La reina mora María Arias
Rinconete madrileño P. G. Velázquez
María de la O Carmen Amaya
¡No quiero! ¡No quiero! José Baviera
Eran tres hermanos Luisita Gargallo
Bohemia Emilia Aliaga
Don Floispandio Valeriano León
Los hijos de la noche Miguel Ligeró

Martingala Niño Marchena
Répteme usted Celia Gámez
Usted tiene ojos de mu-
jer fatal R. de Sentmanat
Tierra y cielo Maruchi Fresno
Jai-Alai Inés de Val
¿Quién me compra un
un iso? Maruja Tomás
Alas de paz Lola de Velols

SERIE ALFA

2'50 ptas.

Carmen, la de Triana I. Argentina
El sobre lacrado L. Gargallo
La Dolorosa Rosita Díaz
La Millana R. de Sentmanat
Suspiros de España Miguel Ligeró
Gloria del Mincayo (Los
de Aragón) M. de Diego
El octavo mandamiento Lina Yegros
Rumbo al Cairo Miguel Ligeró
El difunto es un vivo Antonio Vico
Molinos de viento Pedro Terol
La alegría de la huerta Flora Santacruz
El barbero de Sevilla Miguel Ligeró
Meledia de arrabal I. Argentina
C. Gardel

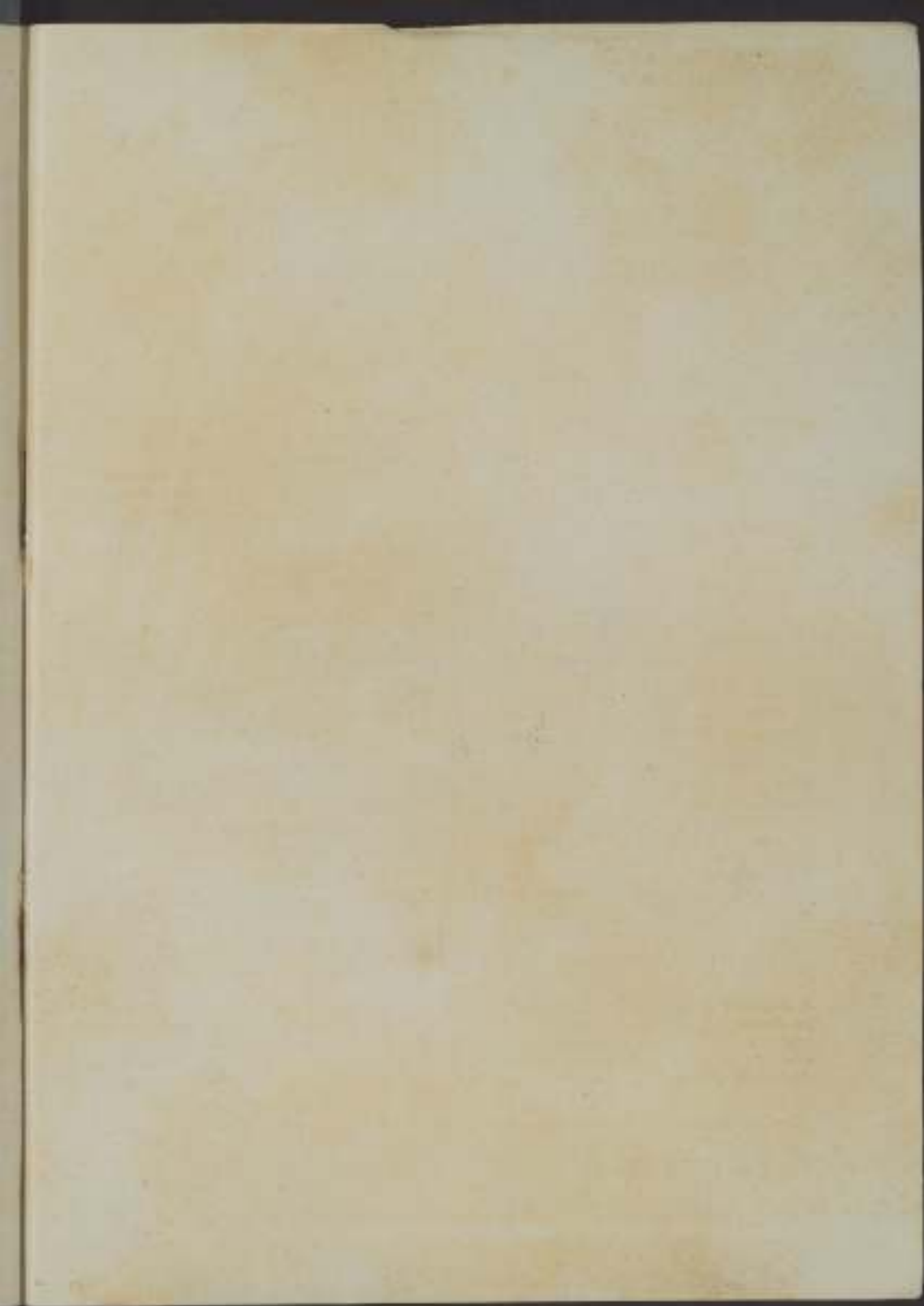
Sol de Valencia Maruja Gómez
Misterio en la Mariama Tony D'Algy
Rosas de otoño M. F. L. Guevara
La patria chica Estrellita Castro
La chica del gato Josita Hernán
Un marido de familia Mercedes Vecino
La culpa del otro Luis Prendes
Fin de curso Luchy Soto
Mi enemigo y yo Josita Hernán
Y tú... ¿quién eres? José Nieto
Una mujer en un taxi Silvia Morgan
Una herencia en París Tony D'Algy
Empezó en boda Sara Montiel

SELECCIONES BIBLIOTECA FILMS 1'25 ptas.

A la lima y al limón Miguel Ligeró
La Parrala Maruja Tomás
Verbena Maruja Tomás
Rosa de Africa Rafael Medina
Noche de engaño Amadeo Nazari

Cautivo del deseo Leslie Howard
Flor de espino Gracia de Triana
Tú Begarás Roberto Rey
Buenas noches M. Luisa Cerona
Otoño Roberto Rey

Pedidos a EDITORIAL «ALAS». - Apartado 707. - BARCELONA





2.⁵⁰ Ptas.

EDITORIAL "A PAS"
CALLE DE LA PAZ, 104 - MADRID